


# EL REENCUENTRO

LOUIS G. MILK

# El reencuentro
## Louis G. Milk
## Espacio el Mundo Futuro/322

CAPÍTULO I

Creía soñar.

Estaba sentado, suponía que en el centro de una vasta habitación de límites inconcebibles. Por encima de él, sólo había oscuridad, excepto en un punto.

No conocía las dimensiones de la estancia. No sabía cuántos metros tenía de larga o de ancha, ni cuál era su altura. La bóveda que tenía sobre su cabeza podía estar tanto a cinco como a cinco mil metros de distancia. En cuanto a las paredes laterales, parecían también distantes.

Un fino haz de luz dorada caía verticalmente del techo y le iluminaba sólo a él, situándole en el centro dé un círculo no mayor que el ancho de la silla en que se hallaba sentado. Fuera de aquel círculo no podía ver nada, excepto al fondo, frente a él, una difusa claridad en la que, a veces, creía distinguir una silueta humana. Aquel leve resplandor parecía hallarse situado fuera de la habitación, y era tan impreciso que no le permitía calcular la distancia.

No podía ser verdad lo que le estaba sucediendo.

Y, sin embargo, sus sentidos no le engañaban.

Creía soñar, pero no soñaba.

Todo cuanto le pasaba le parecía absurdo, irrealizable, fantástico… digno de un enloquecido relato brotado de una mente febril, pero era verdadero. Real, absoluta y positivamente real.

Una vez más la voz sonó con profundas resonancias, batiendo sus ecos contra unos muros invisibles.

—¿Nombre?

—Ya lo he dicho… —contestó.

—¿Nombre? —repitió la voz, neutra, sin inflexiones, como si brotara de la garganta artificial de un robot.

—Ketter, Pedro Ketter.

—¿Edad?

—Treinta y dos años.
—¿Natural de...?
—Tierra, Tercer Planeta del Sistema Solar.
—¿Profesión?
—Astronauta.
—¿Especialidad?
—Oficial navegante de segunda clase.
—Miente.
La voz no varió su tono al pronunciar la última palabra.
—Le he dicho la verdad...
—Miente, Pedro Ketter.
—Bueno, como quiera. Por eso, no vamos a discutir.
—Diga su verdadera profesión.
—¡Váyase al diablo!
—Diga su verdadera profesión.
Esta vez contestó con una gruesa palabra. El hombre que le interrogaba —¿era un hombre?— no pareció inmutarse.
—Usted es un espía, Pedro Ketter.
—Si quiere, se lo firmo y rubrico, pero no por ello habré dicho la verdad. Tengo tanto de espía como de lama tibetano.
Hubo una corta pausa.
—¿Qué es un lama tibetano? —preguntó esta vez la voz.
—Una especie de sacerdote. Yo no lo soy.
—Porque es un espía.
—Oiga, ¿es que no sabe cambiar el disco? Eso de espía me lo han dicho ya millones de veces en el tiempo que llevo sobre este infecto y asqueroso planeta. ¿Para qué diablos quiero yo espiarles... para robarles el secreto de la «Kotsi—Kol»?
—¿Y por qué no? —dijo la voz—. Cualquier cosa de las que se producen en este planeta podría interesarles a ustedes, los terrestres.
—Mire, hermano —dijo Ketter con hastío—, usted ya sabe cómo ocurrió la cosa. Estuve a punto de romperme las narices al intentar aterrizar aquí... mi nave quedó poco menos que destrozada en el choque y yo salvé el pellejo de milagro. Viajaba solo; mis compañeros habían muerto... ¿Es tan estúpido como para creer que pude matarlos solamente para hacerme pasar por espía?
—Repita su nombre —dijo la voz.

Ketter suspiró resignado. Lo dijo.

—Nació en la Tierra, ¿no es así?

—Sin ánimo de insultar, creo que no es ninguna deshonra, hermano.

—Y, después de hacerse astronauta, ingresó en el Servicio Secreto.

—Váyase al cuerno.

—Luego, de acuerdo con sus jefes —siguió la voz, impasible—, desempeñó esa comedia y aterrizó… en Novater.

—Bueno, para usted la perra gorda.

—¿Perra gorda?

—Si prefiere algo más de dinero, dígalo con toda confianza, hermano —respondió el joven en tono sarcástico—. ¿Cuándo me «apiolan»?

—¿«Apiolar»?

—Liquidar, eliminar, barrer, desintegrar, como mejor le parezca.

—¿Por qué no confiesa de una vez, Pedro Ketter?

—¿Cuánto me paga por confesar?

Otra pausa de silencio.

—¿Por qué hemos de pagar por algo que podemos obtener gratuitamente?

—Bueno, si tanto les interesa mi confesión… Sacúdanse la «pasta»…

—¿Sacudir la «pasta»?

—Sí, largar la «tela». O «apoquinar el parné», se puede decir de muchas maneras.

—No tenemos que pagar por algo que se nos debe.

—Está majareta, chico. Yo no les debo nada.

—Su confesión.

—Mi… ¡Narices!

—No queremos sus narices para nada, Pedro Ketter. Queremos su confesión de que es un espía,

—Está bien, está bien, pajarraco. Dígame lo que quiere que les diga y cantaré como un canario,

—Es un ave, ¿no?

—Más o menos.

—¿Sabe usted imitar su canto?

Ketter disimuló una sonrisa.

—No, sólo canto en el baño, cuando me afeito. Pero en voz baja, porque si no, agrieto el espejo.

—Entonces, ¿qué es lo que quiso decir con esa frase?

—Que diré todo lo que quieren que diga, cuando sepa qué es lo que les gusta que declare, porque si no sé lo que desean que diga, ¿cómo esperan que diga lo que no sé que debo decir?

De nuevo se produjo otra pausa de silencio. Pedro creyó escuchar un levísimo ruidito, algo así como un diminuto piñoneo de unos engranajes en pleno funcionamiento. Esto le confirmó en la opinión que había concebido días atrás: la voz procedía directamente de un robot. Una máquina perfeccionadísima, con circuitos analizadores de respuestas para formular las preguntas concordantes, pero máquina, al fin y al cabo.

—Diga que es un espía, Pedro Ketter.

—¿Por qué quiere que diga que soy un espía?

La mente del joven funcionaba a toda presión. Acababa de concebir una idea, pero no sabía si le daría resultado.

—Porque lo es.

—Entonces, si usted lo dice, ¿por qué he de decirlo yo?

—Porque es su obligación, ya que usted es el espía.

—Es posible que tenga razón, pero no puedo contestar sin antes saber una cosa. Quizá usted pueda satisfacer mi curiosidad.

—Hable —dijo la voz.

—¿Cuántos días llevo aquí? He perdido la cuenta,

—Diecisiete.

—Vaya, una buena marca. En horas, ¿cuánto significa?

—Cuatrocientas ocho.

—¿Y en minutos?

—Veinticuatro mil cuatrocientos ochenta.

—¿Y el total de segundos?

—Un millón cuatrocientos sesenta y ocho mil ochocientos.

Las respuestas de la voz eran rápidas, instantáneas.

—Es decir, que si yo no hubiese llegado a este planeta, no habría pasado aquí estos diecisiete días.

—En efecto.

—Ni esos centenares de horas, ni esos miles de minutos ni el casi millón y medio de segundos.

—Exacto.

—Entonces, respóndame a esta pregunta: ¿Qué resultado se obtiene dividiendo un millón cuatrocientos sesenta y ocho mil ochocientos por cero?

Prodújose una repentina pausa de silencio. Con todos sus nervios en tensión, Pedro Ketter adelantó el torso de modo instintivo.

De pronto, sonó una apagada explosión. Algo había estallado.

Brilló un deslumbrador fogonazo y se oyó un ruido de vidrios rotos.

La luz del techo se apagó un segundo después. Volvió la oscuridad.

En las tinieblas, Pedro rió satisfecho.

## CAPÍTULO II

Sí, estaba satisfecho.

Había logrado dos cosas: una de ellas, averiguar que había estado siendo interrogado por una máquina, y segundo, que la había destruido.

No comprendía por qué el interrogatorio había sido encomendado a una máquina con capacidad en sus bobinas y circuitos suficiente para realizar una serie de preguntas grabadas previamente —tenía la seguridad de que así había sido—, a partir de las cuales y mediante una complicadísima serie de circuitos analíticos, podía continuar el interrogatorio, formulando diversidad de cuestiones con tal de que, más o menos, estuviesen relacionadas con la principal. Pero si estaba prisionero y no tenía medios para conocer cuál podía ser su suerte en un futuro eventual, al menos, había demostrado a sus captores que también era capaz de hacer algunas cosas: por ejemplo, destruir la inquisidora, conduciéndola, tras una hábil serie de frases, a la pregunta fatal, la pregunta que ninguna máquina, ninguna calculadora podía recibir sin que todos sus tubos de vacío y sus válvulas estallasen: dividir una cantidad cualquiera por cero, operación aritmética materialmente imposible.

Por otra parte, sus preocupaciones continuaban con la prisión que nadie parecía tener intenciones de levantar. Había aterrizado de mala manera en aquel planeta fuera de todas las rutas estelares, salvándose poco menos que de milagro, pero no había tardado mucho en ser apresado por lo que parecía ser una patrulla de rescate. No podía quejarse del trato físico, pero apenas había estado en seguridad, le había sido formulada aquella absurda y disparatada acusación.

Espía de la Tierra.

¡Tonterías! En la Tierra no tenían siquiera noticias de la existencia de aquel planeta. Una de las causas era la distancia entre ambos mundos.

Pero, entonces, se preguntó sumamente preocupado, ¿cómo sabían los habitantes de Novater de la existencia de su planeta?

A menos que se hubiesen entablado relaciones mientras él volaba por el espacio... Ni siquiera esto conseguía explicar de manera congruente lo que le estaba sucediendo. Sencillamente,

resultaba imposible que en tan poco tiempo, los dos planetas hubiesen establecido contactos y casi al instante hubieran dado principio los motivos de fricción.

No, allí ocurría algo muy distinto. Sin embargo, no alcanzaba a ver claro. Todo lo que le había sucedido hasta entonces, le parecía incomprensible.

Se paseó por la celda que le había sido asignada desde un principio.

Era un cubículo de cuatro metros de largo por tres de ancho. Disponía de una litera, relativamente blanda, con una almohada, un lavabo y sumidero. No había más muebles. Ni siquiera una mesa y una silla. Ni toallas ni ropa de cama. La temperatura era excelente, lo cual le permitía dormir sin abrigo, y para secarse, después del aseo, oprimía un botón y brotaba un chorro de aire caliente, que seguía saliendo hasta que cortaba el flujo de la misma manera.

En todo el tiempo que llevaba preso no había comido un solo bocado. Sin embargo, se encontraba fuerte y bastante ágil, gracias a los paseos que daba en el angosto espacio de su encierro.

Por las noches —suponía que era el período nocturno—, debía de entrar un gas hipnótico que le producía un sueño irresistible. Se tendía en la cama y dormía ocho o diez horas de un tirón. Suponía que era durante su sueño cuando le alimentaban sus captores, quizá mediante inyecciones —se había notado rastros de pinchazos en los brazos y las piernas—, pero por las mañanas se despertaba descansado y fuerte, sin rastros de apetito. Así llevaba ya diecisiete días y estaba entrando en el decimoctavo.

La puerta de la celda se abrió de pronto, interrumpiendo sus poco agradables reflexiones.

«Ahora van a interrogarme de nuevo —pensó—. Seguramente, han traído otra máquina y…»

El hombre que estaba frente a la puerta le dirigió una mirada indiferente: no encerraba odio ni simpatía. Era un sujeto bien parecido, mayor que él, vestido con una simple blusa y un par de pantalones cortos, sin armas ni cosa que se le pareciese. No daba la sensación de ser tonto, pero la expresión de su rostro era de absoluta estolidez. Le miraba como si no existiese.

Dijo:

—Sígame.

Pedro caminó tras él. Alcanzaron el fondo del corredor y subieron por una escalera de caracol que se adentraba en un tubo vertical hacia lo alto. Pudo darse cuenta de que aquél era un camino completamente distinto al que había seguido los días anteriores, para sufrir aquellos extenuantes interrogatorios que habían durado a veces ocho y diez horas seguidas.

Terminaron la escalera y salieron a una especie de antedespacho limpio de muebles. El guardián le situó frente a una puerta carente de adornos.

—Espere aquí —ordenó. Y se fue.

No había ventanas, no había salidas de ninguna clase. La luz provenía de todas partes y de ninguna a la vez, cosa que a Pedro se le hacía sumamente molesta, pese a que el resplandor no dañaba la vista en absoluto. Pero la carencia de sombras podía resultar desconcertante al principio y enojosa después. Antes de que pudiera continuar reflexionando, la puerta se deslizó a un lado.

—Entre —dijo una voz.

Cruzó el umbral. La habitación estaba a oscuras.

Pero se iluminó apenas había traspasado el umbral. La puerta se deslizó a sus espaldas.

Era una vasta pieza, con una gran mesa de despacho en el fondo. Había un par de sillones y un gran armario que contenía lo que parecían ser muchos libros. Al otro lado de la mesa, una mujer le miraba con severidad.

Ella pidió:

—Acérquese.

Mientras obedecía, examinó a la mujer. Tenía el pelo castaño claro, corto y rizado, los ojos azules y los labios muy rojos. Vestía de una forma muy semejante a la del individuo que le había conducido hasta allí y parecía bastante joven. Calculó su edad en menos de treinta años terrestres.

Era bien formada. Tenía los brazos desnudos hasta más arriba del codo y en el izquierdo podía divisarse un brazalete de diez centímetros de ancho. El brazalete parecía de plata y tenía unos extraños dibujos hechos con lo que muy bien podían ser rubíes, de pequeño tamaño, pero artísticamente distribuidos. Llevaba pendientes, iguales aunque asimétricos en el tamaño; el derecho parecía una rosa por sus dimensiones, en tanto que el izquierdo

apenas alcanzaba el tamaño de la uña del meñique. Era una joya maravillosa, hecha con lo que él creyó cristal de roca purísimo; los reflejos que despedían eran muy agradables de contemplar.

Ella movió un poco la mano derecha.

—Siéntese, Pedro Ketter.

Pedro obedeció, sin dejar de mirarla. Ella se sentó también.

—Me llamo Utta 7—B552 —manifestó— y soy el juez encargado de sentenciar su caso.

—¿Puedo hacerle una pregunta, juez? —manifestó Pedro.

—Claro.

—¿Tengo posibilidades de protestar ante alguien en este planeta?

—Protestar, ¿de qué, Pedro?

—Por la detención injustificada de que he sido objeto y los extenuantes interrogatorios a que he sido sometido durante más de dos semanas, acusado de un delito total y absurdamente imaginario.

Utta pareció considerar la cuestión. Tenía las manos entrelazadas y los codos apoyados sobre la brillante superficie de la mesa.

—Le recomiendo que no lo haga, Pedro.

—¿Puedo saber por qué?

—Está libre.

El joven respingó.

—Es una broma —gruñó.

—No es ninguna broma.

Utta tomó una especie de bolsa plana, con algo en su interior, y la lanzó resbalando hacia él, por encima de la pulida superficie de la mesa.

—¿Qué es esto, juez?

—Su pasaporte y la documentación que utilizará mientras esté en el planeta. También hay cierta cantidad de dinero para subvenir a sus necesidades. Ese pasaporte le permitirá circular libremente por cualquier punto de Novater.

Pedro se acarició la barbilla con el borde de la cartera.

—Así que puedo marcharme en seguida.

—Cuando guste —contestó ella.

—¿No se tratará de ninguna encerrona? —preguntó él, receloso.

—En absoluto. ¿Cree que no disponemos de medios para haberle

dado muerte sin que nadie se hubiese enterado?

—Me lo imagino —contestó Pedro—. Así que se han convencido ya de que no soy ningún espía.

—Desde luego.

—Oiga, juez —preguntó el joven—, ¿quién diablos se metió en la cabeza esa estúpida idea? Este planeta no ha tenido jamás relaciones con la Tierra; allí, ni siquiera conocen su existencia: por lo tanto, no comprendo…

—Teníamos nuestras razones para sospechar de usted. En setecientos cincuenta años, es el primer hombre de la Tierra que llega a Novater.

Pedro abrió la boca, estupefacto. Lo que acababa de escuchar le resultaba increíble. ¡El primer terrestre en siete siglos y medio!

De repente, rompió a reír a carcajadas. Rió hasta que las lágrimas se le saltaron y los costados le dolieron. Utta le contempló en silencio, sin hacer el menor gesto ni formular ningún comentario; sólo el movimiento de ascenso y descenso de su pecho, que formaba unos redondos relieves en la blusa, demostraba que era una persona y no una estatua.

—Setecientos cincuenta años y el primer terrestre que llega, es acusado de espía. Juez, ¿es éste un mundo de locos?

—Cada planeta tiene sus peculiaridades, Pedro —contestó ella en tono neutro. Se puso en pie, apoyando un dedo sobre una especie de timbre—. Puede irse donde guste y como guste.

Con vivo gesto, Pedro extendió una mano.

—¡Espere, juez!

—¿Sí? —dijo ella.

—¿Dónde voy a ir? ¿Cómo arreglármelas yo solo en un mundo que desconozco por completo?

—Encontrará que Novater no es tan distinto de la Tierra como usted mismo cree —respondió despreocupadamente Utta.

—Y, ¿qué hay de mi regreso a la Tierra?

Ella consideró la respuesta durante unos segundos.

—Por ahora —dijo fríamente—, es algo que deberá olvidar. La sesión ha terminado.

Giró sobre sus talones y se metió por una puerta que había tras la mesa, abierta apenas se dirigió hacia ella. Pedro quedó solo en la estancia, por completo desconcertado.

Permaneció unos momentos inmóvil, hasta que oyó una voz a sus espaldas.

—Terrestre.

Se volvió. El guardia que le había conducido hasta allí, esperaba bajo el dintel de la puerta.

—Sí, voy —suspiró.

Un ascensor le condujo hasta la planta baja del edificio. Al abrirse la puerta del aparato, se encontró en la calle.

—Salga —ordenó el guardián.

Dio dos pasos. Entonces, la puerta del ascensor se cerró.

Y él quedó solo, en la capital de Novater.

No sabía qué hacer, ni adonde ir, ni a quien consultar para salir de aquel apuro. El planeta ostentaba todos los signos de una civilización adelantadísima, pero tenía la sensación de hallarse en una selva virgen, completamente aislado de todos.

# CAPÍTULO III

La joven Utta 7—B552 tenía razón: las diferencias con su planeta no eran tan grandes como podía haber creído en los primeros momentos.

El primer anuncio le salió al paso, apenas había recorrido veinte metros.

¡BEBA KOTSI—KOL!

La frase estaba apoyada por una sugestiva muchacha de brillante sonrisa, enemiga declarada, al parecer, de los fabricantes de ropas. Un ligero velo cubría apenas su cuerpo escultural y en la mano derecha sostenía una botella de la bebida que anunciaba.

Más adelante, se encontró con un anuncio de maquinaria, aunque ignoraba el uso que podía tener la maquinaria que se propagaba. Otro anuncio cantaba las excelencias de unos zapatos indestructibles. Un tercero, en colosales caracteres, hablaba de quince maravillosos días de vacaciones en un lugar paradisíaco. Un cuarto anuncio consistía en una pantalla gigante, en la cual una joven de formas opulentas estaba probándose sin cesar toda clase de prendas de vestir, a cual más sugestiva. Los anuncios eran de toda clase y de todos los tamaños, pero Pedro encontró uno a faltar: el de los automóviles. No se veía ni uno solo de ellos.

Ciertamente, tampoco se necesitaban. Ninguna de las personas con quienes se cruzaba, que por otra parte iban todas bien vestidas y parecían disfrutar de una salud magnífica, viajaba en vehículo de ninguna clase.

El medio común de transporte eran las aceras deslizantes a distintos niveles, paralelos, con el fin de salvar los cruces. De acera a acera podía pasarse mediante escaleras automáticas, pero también las había inmóviles para los peatones que gustaban de caminar junto a los edificios, cuyas plantas situadas al nivel de la calle mostraban un florecimiento comercial increíble.

Nadie se fijó en él; a su llegada, le habían facilitado unas ropas similares a las de su guardián, las cuales le habían sido renovadas con gran frecuencia. Podía pasar, pues, por un novaterano auténtico, sin dificultad alguna.

La ciudad era inmensa. La calle por la que caminaba no parecía tener fin; los edificios, altísimos, se juntaban a lo lejos, casi en el infinito.

Y por todas partes, el anuncio:

¡BEBA KOTSI—KOL!

En todos los tamaños y en todas las formas: hombres y mujeres, chicos y chicas, viejos y viejas, aparecían en los carteles anunciadores con una botella de la bebida en la mano.

Sentíase muy desconcertado. Había conocido numerosas ciudades planetarias, pero ninguna como aquélla. Parecía una ciudad terrestre trasplantada a un mundo situado a millares de años luz del suyo… tan remoto, que no tenía la menor noticia de su existencia. Ni en la Tierra la tenían, por supuesto.

Y, sin embargo, se comportaban y actuaban como terrestres, excepto en lo referente a la locomoción, que se efectuaba indefectiblemente por las aceras rodantes. Tampoco divisó en el aire aparatos voladores. ¿Qué medio empleaban los novateranos para desplazarse con rapidez cuando la distancia era excesiva?

De pronto, una muestra le salió al paso.

Parpadeó, asombrado, en el primer momento. Luego se rehízo.

JOE'S BAR
BEBIDAS DE TODAS CLASES

—Estoy loco —se dijo.

Pero, casi en el acto, empujó la puerta del bar y pasó al interior.

Había bastante gente, en las mesas y en la barra. Nadie se fijó en él.

Se acercó al mostrador. Un servicial camarero se le acercó en el acto.

—¿Señor? —preguntó cortésmente.

Pedro vaciló. De pronto, recordó un anuncio.

—Póngame una Kotsi—Kol.

—Al momento, señor.

El «barman» actuó con rapidez. Segundos más tarde, tenía ante sí un vaso alto y una botella que contenía un líquido ambarino, muy

transparente. Vertió parte del líquido en el vaso y se llevó éste a los labios.

Tenía un gusto agradable, levemente picante y sin exceso de dulzor. Lo paladeó con lentitud, procurando llegar al fondo de aquel extraño sabor.

—¿Encuentra buena la bebida el señor? —preguntó el «barman», solícito.

—Sí, aunque un poco floja —comentó el joven—. ¿No tiene nada mejor para mezclar con la Kotsi—Kol?

El «barman» hizo un guiño de complicidad.

—¡Cómo no! —respondió. Giró un poco y tomó una botella de la estantería, parte de cuyo contenido vertió en el vaso. Añadió un poco más de Kotsi—Kol y dijo—: Pruebe esto ahora, señor.

Pedro tomó un sorbo de la mezcla. En el primer momento no notó otra cosa que una ligera variación en el sabor del líquido. Cinco segundos después, le pareció que una bomba estallaba en su desgraciado estómago.

—¡Rayos! —exclamó—. Esto patea como una mula histérica.

—¿Una mula? —preguntó el «barman», extrañado.

—Oh, no se preocupe, amigo —contestó el joven—. Es una frase nueva que acabo de inventarme.

—Patea como una mula histérica —replicó el camarero—. Con el permiso del señor, me apuntaré la frase.

—No le cobraré derechos de autor —dijo Pedro en tono alegre —. Póngame otra Kotsi—Kol con un poco más de ese jugo de camello paranoico.

—Sí, señor... ¡Camello paranoico! —el «barman» disfrutaba como un loco—. ¡Qué frases, Gran Galaxia, qué frases!

Pedro tomó su segunda ración del brebaje. Empezó a ver todo de color de rosa.

—Hombre, pues para no ser la Tierra, se está bastante bien — comentó consigo mismo. Y casi en aquel momento, una voz de tonos insinuantes sonó a su lado.

—¿Me invitas a un trago, galán?

Volvió la cabeza. Una morena de curvas exuberantes y exigua vestimenta le contemplaba con sonrisa profesional. Por un instante, Pedro pensó que en todas partes había mujeres de aquella clase, pero luego, la euforia que le había infundido el brebaje, le hizo

abandonar sus prevenciones.

—Ven a beber lo que quieras, guapa —invitó, encerrando en su brazo el carnoso talle de la mujer—. Me llamo Pedro. ¿Y tú?

—Lena —contestó ella. Tocó el brazo del joven con gesto apreciativo—. Tienes buenos músculos, Pedro —añadió.

—Sí, soy un hércules —contestó él—. Vamos, Joe, engrasa los ejes de nuevo.

—¿Engrasar los ejes? Oh, sí, sí, señor… al momento, señor…

Pedro levantó su vaso.

—Por ti, Lena.

Ella contestó, sonriendo:

—Gracias.

Pedro despachó su vaso en dos golpes. Luego pidió más de beber.

* * *

Abrió los ojos, sintiendo un espantoso dolor de cabeza. Tuvo que cerrarlos casi de inmediato.

—¡Oh! —se quejó.

Estuvo unos momentos quieto. Pasados cinco minutos al menos, tanteó con las manos a su alrededor. Notó que estaba echado sobre un blando lecho, sin ropas de cama y, al fin, se arriesgó a abrir ligeramente los ojos.

Miró en tomo suyo. La habitación era limpia y confortable, aunque su lujo no era excesivo. Por un instante, se preguntó si estaría de nuevo en su celda de aquella misteriosa cárcel donde había pasado más de dos semanas encerrado.

Pero casi en el acto se acordó de que una mujer joven y guapa, que se autotitulaba juez, le había puesto en libertad. Por tanto, aquella estancia sólo podía ser de un hotel o de una casa particular.

Estaba vestido, aunque sus ropas aparecían arrugadas y con algunas manchas. Dominando sus náuseas, trató de ponerse en pie. Cayó una vez sobre la cama, pero el mareo se le pasó pronto. Caminando con torpeza, buscó una puerta que daba a un cuarto de baño.

El agua fría alejó de su mente buena parte de las brumas, no todas.

—¡Diablos, la pesqué buena! —comentó, mientras se frotaba vigorosamente con una toalla.

Y de pronto se acordó de la morena.

Frunció el ceño. Estaba solo en la habitación.

¿Dónde diablos se hallaba Lena?

Terminó de secarse y se vistió en seguida. Salió al dormitorio y miró por todas partes, sin encontrar el menor rastro de la mujer.

Pensó un momento. Vagamente creyó recordar que Lena le había comentado el exceso de gente que había en el ««Joe’s», en lo que él se había mostrado por completo de acuerdo. Habían salido del bar… y se había despertado hacía un cuarto de hora.

Solo. Sin saber siquiera dónde estaba. Sin saber si aquello era una casa particular —la de Lena— o un hotel.

—Bueno —suspiró—, después de las perrerías que me hicieron, un poco de juerga no viene mal nunca.

Y de repente se notó hambriento.

—¿Dónde diablos comerá esta gente? —murmuró—. Porque ahora, ya no tengo unos carceleros que me alimenten durante el sueño… Bueno, será cosa de ver dónde hay un restaurante…

Se quedó helado. Acababa de tocar el bolsillo posterior de sus pantalones. La cartera que le había entregado Utta había desaparecido.

—¡Esa perra! —barbotó, ciego de cólera.

Todas eran iguales, en la Tierra y a mil años luz de la Tierra. Incluso era muy posible que estuviese de acuerdo con el «barman» para repartirse el dinero que Utta le había entregado. Por cierto, ¿qué moneda se usaba en Novater? No recordaba haber pagado las consumiciones y, por lo tanto, ni siquiera había visto aún los billetes contenidos en la cartera.

Pero esto, con ser malo, no era aún lo peor de todo.

También le había desaparecido el pasaporte. ¿Qué ocurriría ahora? Estaba sin documentación de ninguna clase, en un mundo absolutamente desconocido para él, pese a las indudables semejanzas que presentaba con la Tierra. Pero el primer contacto que había tenido con los habitantes de Novater le hacía sentir un resquemor y una aprensión, de los cuales le resultaba muy difícil sustraerse.

—Aquí parado no haré nada —gruñó. Y se lanzó hacia la puerta.

Al abrirla divisó a dos hombres, de expresión pétrea y ropas negras, parados ante la puerta.

—¿Es usted el llamado Pedro Ketter? —preguntó uno de ellos.

—Sí... Yo...

—Está detenido —anunció el sujeto, sin variar el tono de sus palabras.

—¿Detenido? ¿Por qué? ¿De qué se me acusa?

Instintivamente, Pedro pensó que, en la inconsciencia de su borrachera, podía haber causado algunos destrozos en el bar.

—Espionaje en favor del planeta llamado Tierra —contestó el individuo.

## CAPÍTULO IV

Se encontraba otra vez en aquella misteriosa habitación oscura, a la cual había sido conducido sin pérdida de tiempo desde la casa en donde había pasado la noche anterior.

La luz caía vertical sobre su cuerpo. El resto de la estancia, salvo el levísimo resplandor situado frente a él y que apenas si se distinguía de las tinieblas, era de una negrura total.

Pero esta vez no le interrogaba ninguna máquina. Con gran sorpresa por su parte, reconoció la voz de la juez Utta 7—B552.

—¿Por qué no confiesa de una vez, Pedro? —preguntó la juez, desde un punto indefinido.

—Supongamos que confieso —respondió él—. Supongamos que admito la acusación. ¿Qué harán entonces?

—Depende.

—Depende, ¿de qué, rayos? —gruñó él.

—De sus respuestas.

—¡Infiernos! ¡Ya he dicho que no soy ningún espía!

—Diga quién le mandó y con qué intenciones. Es muy probable que entonces nos sintamos inclinados a la benevolencia.

—Y, en vez de cocerme a fuego lento, me pegarán un tiro en la nuca, ¿eh?

—Aquí tiene cómplices, Pedro. Nos ha costado mucho descubrirlos, pero al fin los hemos detenido también.

—¿Cómplices yo? ¡Está loca!

—Tiene cómplices, Pedro.

—Váyase al cuerno. ¿Cómo lo sabe?

—Por las frases que pronunció en el «Joe’s Bar».

—¿Las frases?

—Sí. «Patea como una mula histérica...» «Camello paranoico». Evidentemente, se trata de frases en clave.

Pedro se pasó las manos por la cara.

—Oh, Dios, están todos locos... Y lo peor es que, si esto sigue así, yo me voy a volver loco también.

—Hable. Confiese, Pedro.

—¡Cuernos! ¡No tengo nada que confesar! ¡No soy ningún espía y ésta es la primera vez que vengo a Novater! ¿Cómo diablos quiere que le meta esto en su linda pero destartalada cabecita?

Un momento de silencio.

—Antes dijo que le gustaría saber qué podría ocurrirle, Pedro, si confesaba.

—Me retracto. Ya no me importa nada en absoluto saberlo.

—Creo que no sabe bien lo que dice, Pedro. ¡Mire!

Un sector de la estancia se iluminó de repente.

Pedro creyó que habían abierto una ventana en un punto situado a la derecha. La ventana podía estar tanto a dos pasos como a mil metros de distancia; no había modo de apreciar las dimensiones en aquel ambiente.

Un grupo de personas apareció de pronto ante sus ojos. Lena y Joe iban en el centro. Tenían las manos atadas a sus espaldas y sus rostros expresaban un terror infinito.

Los prisioneros fueron arrimados a un muro, en el que había unas anillas empotradas a cosa de un metro del suelo. Dos de los guardianes ataron sendas correas a las anillas, después de pasarlas por la cintura de los prisioneros. Luego se echaron a un lado.

Doce hombres formaron en una fila. Con la boca súbitamente reseca, Pedro se dio cuenta de que estaba asistiendo a una ejecución. No le llegaban los sonidos, pero podía ver que Lena chillaba con loco frenesí, debatiéndose estérilmente para soltarse de sus ligaduras. Joe, el «barman», tenía la cabeza doblada sobre su pecho, como resignándose de antemano a la suerte que iba a correr.

Los hombres que componían el pelotón estaban armados con sendos rifles de metal oscuro, un tanto diferentes de los que conocía el joven. Pero era fácil imaginarse que sus efectos no podían ser muy distintos.

Alguien dio una orden, cuyos sonidos no fueron captados por los tímpanos de Pedro. Los doce fusiles se pusieron horizontales. Un segundo más tarde, escupían doce pálidos fogonazos.

Joe cayó de repente hacia adelante, balanceándose con ligeros movimientos a derecha e izquierda. Lena se contorsionó durante un par de segundos, pero no tardó en doblarse sobre sí misma. Su negra cabellera le cubrió el rostro.

La ventana se cerró y la horrible visión desapareció de los ojos de Pedro.

—Tú puedes evitar esa suerte, si hablas —dijo Utta en tono frío.

Durante unos instantes, Pedro permaneció en silencio. De súbito,

se sintió acometido por una cólera ciega, irrefrenable.

—¡Bastardos asesinos! ¡Ellos no eran espías, no eran mis cómplices! —aulló.

Acometido por un acceso de furor irrazonable, se puso en pie y se lanzó hacia adelante. Quería alcanzar el resplandor, asir el cuello de Utta y sacudirla con fuerza hasta matarla.

Corrió.

Sus piernas se movieron a toda velocidad.

Izquierda, derecha,.., izquierda, derecha...

Uno, dos...; uno, dos...

Seguía corriendo. El resplandor no se acercaba.

Pero no cejó en sus esfuerzos. Izquierda, derecha... uno, dos...

Corría, corría...

¿Por qué no alcanzaba nunca el resplandor?

De pronto le fallaron las fuerzas.

Empezó a caer.

Cayó.

El suelo desapareció bajo sus pies. Se hundió en un abismo sin fondo, sin luz, sin ruido.

Se hundió en la nada.

En el silencio absoluto.

* * *

Cuando abrió los ojos, se encontró sentado en un sillón.

La juez Utta 7—B552 le contemplaba con cara inexpresiva desde el otro lado de su enorme mesa de despacho.

—No se mueva —rogó ella en tono cortés y educado.

Pedro frunció el ceño.

—¿Quién me ha traído hasta aquí?

—¿Importa eso mucho ahora?

—En efecto —convino él—; me imagino que no. Y, ¿qué es lo que van a hacer ahora conmigo?

—Dejarle en libertad. Todo fue un error.

Trató de digerir aquellas palabras.

—Un error, ¿eh? —gruñó—. ¿Y aquellos dos pobres que fusilaron?

—Sus familias serán indemnizadas.

Pedro guardó silencio durante unos segundos.

—Supongo que resultará inútil protestar contra la clase de justicia que se administra en Novater. Supongo que de nada me serviría protestar contra la ejecución de dos personas acusadas de algo, que no habían cometido otro delito que tratar de ser amables conmigo.

—Ciertamente.

—Y, dígame, si ahora me ponen en libertad, ¿irán fusilando sucesivamente a todas las personas que me digan «Buenos días» o «Buenas tardes»?

—Deje que decidamos nosotros sobre el particular, Pedro. A usted debe bastarle el hecho de que está libre de nuevo.

La cartera que ya conocía resbaló sobre la mesa otra vez.

—Documentos y dinero —dijo Utta.

Pedro tomó la cartera con gesto reflexivo.

—No sé por qué, me parece que están siguiendo conmigo el procedimiento de la ducha escocesa.

—¿Ducha escocesa?

—Sí, un chorro de agua caliente y otro chorro de agua fría. Ahora libre, luego preso… Supongo que no me queda otro medio que resignarme.

—Nadie volverá a tomarle prisionero, Pedro —manifestó Utta.

—¡Ja! —rió él con acritud—. Eres muy guapa y me gustaría pescarte a solas en otro sitio. Te aseguro que ibas a guardar un recuerdo imborrable de mí.

—Puede marcharse cuando quiera, Pedro —contestó ella, sin protestar por sus palabras.

Pedro se puso en pie.

—Antes de largarme, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí.

—No temas —rió él con sarcasmo—. No trataré de que dividas una cantidad por cero, aunque bien te merecerías correr la suerte de aquella maldita máquina. La pregunta es: ¿conocéis en Novater la astronáutica interestelar?

—Si.

—Gracias. Eso es todo.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta. Momentos después, se hallaba en la calle.

Lo primero que hizo fue buscar el «Joe's Bar». El título había cambiado.

Ahora se llamaba «Dicky's Bar».

Hizo una mueca.

—Sí que han sustituido pronto al dueño.

Y empujó la puerta.

El «barman» se le acercó presuroso. No era Joe.

—¿Señor?

—Un vaso de agua —pidió el joven.

Abrió la cartera y extrajo de su interior un billete, de bonita factura, con el número 100 grabado en las esquinas y en el centro.

—Dicky —dijo, cuando el «barman» volvió con el vaso de agua.

—¿Señor?

—Esta ciudad parece muy civilizada.

—Así es, señor —corroboró el «barman».

—Entonces, dispondrá de una Biblioteca Pública o algo por el estilo.

—En efecto, señor. Calle 400, número 10.288.

—Apúntemelo en un papel, ¿quiere?

—¡Cómo no, señor!

Pedro guardó el papel. Luego dejó el billete sobre el mostrador.

—¿Qué es esto, señor? —preguntó el «barman», asombrado.

—Para que te tomes una copa a mi salud. Gracias por todo, Dicky.

—Perdone el señor, pero no puedo aceptar este dinero por nada.

Pedro le miró extrañado.

—¿Acaso es poco? —gruñó.

—¿Poco? —Dicky rió, nervioso—. Gran Galaxia, con ese dinero podría vivir una familia medio año.

Pedro silbó despacio. La cartera estaba repleta de billetes de análoga denominación.

—¡Pues sí que soy rico! —masculló—. Gracias de todas formas.

—A usted, señor.

Pedro dio media vuelta para dirigirse hacia la puerta. Pero se arrepintió casi en el acto.

—Dicky, ¿sabes qué ha sido de Joe?

—Oh, señor. Murió ayer, en un accidente.

—¿Accidente? —Pedro rió con amargura—. Escucha, Dicky, te

voy a dar un buen consejo; cierra el bar y lárgate cuanto antes. Joe no murió ayer, como dices, sino hace una hora escasa y fusilado por espía, además. Fusilado, ¿te enteras?

El «barman» emitió una cortés sonrisa.

—¿Fusilado? El señor tiene un magnífico sentido del humor.

Pedro apretó los labios. Esta vez salió del bar, mientras echaba pestes de todo y de todos.

—Si sigo así mucho tiempo, un día me explotará la cabeza como una bomba —masculló furioso.

## CAPÍTULO V

La Biblioteca Pública de la ciudad se hallaba en un colosal edificio construido, al parecer, con mármoles que no tenían que envidiar en nada a los terrestres. Una gran escalinata conducía al pórtico, de grandes columnas y peristilo vagamente parecido al de los templos griegos. El aflujo de lectores parecía ser constante, a juzgar por las numerosas personas que entraban y salían del edificio.

—Si hubiese coches, esto sería la Tierra —rezongó, mientras ascendía los peldaños de dos en dos.

Cruzó el umbral de la puerta y pasó al interior de un espacioso vestíbulo, lujosamente decorado. A la derecha había un gran mostrador, que parecía ser el de la recepción. Varias personas estaban hablando con los empleados y entregaban y recibían lo que parecían ser fichas de lectura.

Se acercó al mostrador y esperó a que le llegase su turno. Un hombre joven, de aspecto cortés y agradable le atendió minutos después.

—Deseo leer un libro —pidió Pedro—. ¿Qué es lo que hay que pagar?

—Nada —sonrió el joven—. La lectura de cualquier libro es gratuita —le entregó una cartulina y un lápiz—. Escriba aquí su nombre, su dirección y el libro que desea leer.

Pedro tomó el lápiz. Meditó unos instantes y al fin, escribió:

Nombre: Pedro Ketter.
Domicilio: Transeúnte.
Título: «Historia de Novater».

Firmó con trazos enérgicos y entregó la ficha al empleado. Éste la introdujo en una ranura, presionó un botón y esperó unos segundos.

Sonó un chasquido. La ficha fue devuelta casi en el acto.

El empleado paseó su vista por la cartulina. Luego levantó sus ojos y miró al joven.

—Lo siento, señor —dijo—. Este libro no lo tetemos.

Pedro apretó los labios.

—Es absurdo —exclamó—. No me diga que no ha existido jamás un hombre capaz de escribir una historia de este maldito planeta.

El empleado le enseñó la tarjeta. Una grabadora automática había impreso, en gruesas letras rojas, que atravesaban en diagonal la cartulina de lado a lado, un rótulo harto significativo:

TÍTULO DESCONOCIDO

Pedro inspiró con fuerza.

Él, acusado de espía.

Lena, fusilada. Joe, fusilado.

El bar había cambiado en seguida de nombre.

Dicky sostenía que Joe había sufrido un accidente la víspera.

Pero él había visto morir a Joe, fusilado.

Aunque sólo se tratase de una grabación cinematográfica, tanto daba. El hecho subsistía.

Y no querían que se enterase de la historia de Novater.

¿Por qué?

Allí no podía seguir pensando. Emitió una mueca parecida a una sonrisa y giró sobre sus talones.

Encontró un bar cien metros más adelante. Entró y se sentó en un taburete. Naturalmente, pidió una Kotsi—Kol.

Pero no bebió. Tenía la mente sumamente ocupada.

Estaba pensando en la extraña aventura de la cual era involuntario protagonista. Si hubiese aterrizado en un planeta lleno de mil desconocidos peligros —plantas carnívoras gigantes, monstruos prehistóricos, antropófagos, salvajes, mares de lava hirviente, atmósfera de gases nocivos—, habría sabido defenderse mucho mejor. Estaba entrenado contra cualquiera de aquellos peligros.

Pero nadie le había dicho jamás cómo comportarse en un mundo tan parecido al suyo, en donde se le consideraba como un espía, al cual era preciso arrancar Dios sabía qué terribles secretos.

De pronto, se le acercó una mujer.

Era alta, esbelta, de formas voluptuosas. Tenía el cabello rubio y los ojos, por contraste, negros. Vestía una blusa sin mangas, de color negro, muy ceñida a las curvas turgentes del busto, y un pantalón negro brillante, también muy ajustado. Pendiente del

hombro izquierdo llevaba una carterita.

—¿Me invitas? —preguntó en tono insinuante.

Pedro vaciló. Se acordaba de Lena.

Pero, de repente, se le ocurrió una idea.

—Pide lo que quieras —dijo—. ¿Cómo te llamas?

—Gina —respondió ella—. Eres muy amable.

—Yo soy Pedro —dijo el joven—. ¿Qué haces? ¿A qué te dedicas?

Gina le dirigió una mirada indescifrable.

—Nada, en particular.

«Abundan más que las moscas», pensó él. Levantó la voz:

—Entonces, si no tienes nada que hacer, supongo que no te importaría acompañarme, Gina.

El «barman» puso un vaso lleno delante de la joven.

—¿Adonde?

—A una agencia de viajes. Seguramente sabrás dónde hay una.

—Claro —sonrió ella—. ¿Me invitas a viajar contigo?

—¿Cuánto cuestan dos billetes para los antípodas de Novater?

—¿Quieres ir a Novater XXXVII?

—Sí —respondió él sin vacilar.

Por lo visto, las ciudades no llevaban nombres, sino el del planeta seguido de una cifra que indicaba el orden por el que eran conocidas.

—Bien, calculo que unas trescientas unidades.

—¿Unidades? —repitió él—. Ah, sí, claro; lo había olvidado —«Vaya una manera rara de llamar a la moneda», pensó—. Bueno, Gina, despacha tu bebida y vámonos, que se hace tarde.

Sacó la cartera y extrajo un billete. «Grosso modo», calculó en más de cien los billetes que tenía en ella. Unas diez mil unidades. Ciertamente, Utta no se había mostrado tacaña.

—Te dejas el cambio —dijo Gina, viendo que él se marchaba ya hacia la puerta.

—Es igual. Soy rico —sonrió, tomándola por el brazo, de piel fina y suave, de agradable morbidez—. Guíame a la agencia, ¿quieres?

—Por supuesto, Pedro.

Dada la similitud con la Tierra, no era descabellado suponer la existencia de agencias de viajes. Acertaba.

Unos minutos después, entraban en el lugar deseado.

Había carteles propagando las excelencias de los lugares más pintorescos del planeta. Vio uno, ofreciendo las emociones de la pesca del temible tiburón tricéfalo por sólo una miseria: doscientas cincuenta unidades. La agencia abonaba una sustanciosa indemnización a los familiares, caso de fallecimiento del pescador. También se anunciaban los deportes de invierno y las estancias en playas paradisíacas, así como todo género de lugares atractivos para la diversión y el esparcimiento, sin que faltasen varios carteles alusivos al indudable atractivo que ofrecían los juegos de azar en distintos casinos.

Gina le guió hábilmente hasta una ventanilla en la que, por trescientas catorce unidades, les facilitaron dos pasajes para Novater XXXVII. Con los billetes en la mano, la joven le llevó a remolque hasta una puerta cerrada, en cuyo centro se divisaba una ranura.

Gina introdujo los billetes por la ranura. Esperaron cosa de un minuto.

La puerta se abrió, dejando ver un hueco de relativa amplitud.

—Ven —invitó ella, con hechicera sonrisa.

Pedro cruzó el umbral. La puerta se cerró en el acto. En el mismo momento, sintió que el suelo se fundía.

—¿Tienes familia, Gina?

—No. Vivo sola.

—Así que no haces nada, ¿eh?

Ella le dirigió una mirada picaresca.

—En estos momentos, acompañarte.

—¿Cuánto piensas cobrarme por la compañía?

La pregunta fue formulada de modo brutal. Gina, sin embargo, no pareció sentirse enojada.

—¿Te parecen bien cien unidades? —apuntó.

—Me parece poco. Te daré quinientas.

—Oh, no, no —contestó ella—. Es demasiado. Está prohibido aceptar una suma semejante por sólo unas horas de compañía.

Pedro respingó. «Aquí han socializado hasta las guapas profesionales.» El ascensor se detuvo de pronto.

—Al menos no impedirán que te compre un buen regalo.

—Desde luego, siempre que no sea superior en valor a las cien

unidades.

—¡Qué bestias! —exclamó él, sin poder contenerse—. Todo lo controlan.

La puerta se abrió en aquel momento. Una habitación apareció ante sus ojos.

Era de buen tamaño, y en su centro había dos sillones con gran apariencia de comodidad. Ágilmente, sin mostrar el menor embarazo, Gina avanzó hacia los sillones y se sentó en uno de ellos.

—Ven aquí —dijo, indicando el otro con su mano.

Pedro obedeció. Le pareció que se hundía en el mullido asiento. Apenas se había sentado, dos columnas cilíndricas emergieron del suelo, quedando frente a ellos.

Las columnas sostenían en su parte superior un instrumento con un vago parecido a una máquina de escribir, a la derecha del cual se divisaba un botón rojo de forma exagonal.

—¿Qué es esto? —preguntó él, muy extrañado.

Gina sonrió. Sus dedos se movían con rapidez por el teclado de la máquina que tenía frente a sí. Luego se estiró un poco y presionó varias teclas de la máquina contigua.

—Aprieta el botón rojo, Pedro —dijo.

Pedro obedeció. De inmediato, la habitación y cuanto le rodeaba desapareció de su vista.

Lanzó un agudo grito:

—¡Gina!

Su voz rebotó contra unos muros invisibles, con profundas resonancias.

Nadie le contestó. Aterrorizado, quiso levantarse, pero una fuerza irresistible e invisible se lo impidió. Sintió en torno suyo una vaga corriente de aire, le pareció que se deshacía en mil billones de microscópicos fragmentos… un intenso sueño se apoderó de sus párpados.

«La ducha escocesa», pensó.

Otra vez le habían tendido una trampa.

¿Por qué no le mataban de un golpe?

¿Por qué le torturaban de aquella manera?

Sintió náuseas, ganas de vomitar.

Algo rugió con silencioso estruendo en sus oídos. Creyó oír el soplo de un devastador huracán.

De pronto, todas aquellas sensaciones cesaron de golpe.

Volvió la luz. Se sintió muchísimo mejor.

Asombrado, miró hacia su derecha.

Gina estaba allí y le contemplaba, sonriendo de manera encantadora.

—Ya hemos llegado a Novater XXXVII —dijo.

## CAPÍTULO VI

Marcada expresión de asombro se dibujó en el rostro de Pedro.

—¿Estás segura? ¡No han pasado ni diez minutos! Novater es como... —iba a decir «como la Tierra», pero se contuvo a tiempo—. Es una distancia tremenda. ¿Cómo hemos podido recorrerla en tan corto espacio de tiempo?

—Fuimos desintegrados en Novater III y devueltos a nuestra habitual forma física aquí, en Novater XXXVII —contestó Gina, sonriendo con dulzura—. Ese proceso requiere tan sólo unos pocos minutos. ¿Vamos?

Se puso en pie con facilidad, alisándose la ropa de las caderas con gesto un tanto incitante, mientras le miraba a través de sus espesas pestañas negras. Pedro se incorporó también.

Gina le guió hasta una puerta que, al abrirse, dejó ver el hueco del ascensor. Entraron y la puerta se cerró.

—He sentido náuseas —apuntó él.

—Es natural. Le ocurre a todo el mundo que viaja por primera vez a través del desintegrador —contestó Gina—. Simplemente, es cuestión de costumbre.

—Entiendo —murmuró Pedro, muy pensativo

Momentos después, salían al gran vestíbulo de otra agencia de viajes, parecida a la que él había visto apenas quince minutos antes. Pensó que, fuesen cuales fuesen los efectos de aquél aparato, no cabía la menor duda de que usándolo se viajaba casi con la velocidad del pensamiento. Novater parecía tener las dimensiones de la Tierra y, si esto era cierto, habían recorrido alrededor de veinte mil kilómetros en diez minutos escasos. A dos mil kilómetros por minuto. Una buena marca, sin ninguna duda.

Salieron a la calle. En un principio, Pedro había llegado a sospechar que todo había sido un truco y que no se habían movido de la ciudad, pero ahora, al contemplar las estructuras de Novater XXXVII, pudo darse cuenta de que, al menos en lo referente al viaje, Gina no le había engañado. Novater XXXVII, monumentalmente, parecía de inferior categoría a Novater III, si bien se advertía en ella la misma limpieza y orden en sus calles. Pero sus edificios, en conjunto, eran más bajos y de peor aspecto. Al fondo de la calle en que se hallaban, divisó las crestas nevadas de una cadena

montañosa. En Novater III no había visto nada que no fuera panorama urbano, lo cual le indicó que esta ciudad era, asimismo, de menor tamaño.

—Bien —exclamó Gina, al hallarse en el exterior—. ¿Adonde quieres que vayamos?

—Tengo hambre —respondió él, sin rodeos.

—Ven conmigo —dijo Gina, simplemente.

Y momentos después, se hallaban sentados en un restaurante.

Por primera vez desde su llegada a aquel planeta, Pedro ingirió alimentos sólidos. El gusto, naturalmente, era distinto e incluso la condimentación y forma de presentarlos, pero le fue fácil distinguir carne que parecía de ternera y rodajas de un pescado tipo asalmonado, que le gustó de modo extraordinario. El vino era fresco, fino y aromático, de escasa graduación. Pese a ello, Pedro no abusó, recordando su desastrosa experiencia de la tarde anterior con Lena.

Al terminar, pidió la nota. El precio le pareció ridículo: una unidad y dos octavos. Dejó un billete y el camarero le devolvió el cambio puntualmente, negándose en redondo a aceptar ninguna propina.

Sin decir nada, se embolsó el cambio. Luego miró a la muchacha.

—Vamos a elegir tu regalo —dijo—. ¿Hay en Novater algo parecido a una joyería?

—Por supuesto —contestó Gina.

Salieron del restaurante. Los anuncios proliferaban por todas partes, con mayor abundancia, incluso, que en Novater III. La Kotsi —Kol, las ropas, infinidad de productos que no conocía ni se le ocurría para qué podían servir, todo estaba anunciado de una forma chillona, provocativa, casi obsesionante. «Igual que en la Tierra», pensó el, mientras charlaba de temas comunes con Gina.

La conversación de Gina era fluida, agradable. Parecía una buena muchacha y se mostraba amable y comprensiva con sus torpezas. Había aceptado su compañía llanamente, sin reticencias. «Está acostumbrada a hacer lo mismo con muchos hombres antes que yo», se dijo Pedro. Y procuró olvidar la poco honesta profesión de la joven, en aras de un mayor conocimiento de aquel extraño mundo.

Un establecimiento les salió al paso.

—Aquí es —dijo ella.

Pedro pudo contemplar joyas de una belleza insospechada, cuyos precios, sin embargo no parecían demasiado altos. El dependiente que les atendió les hizo ver un completo muestrario de los objetos más exquisitos. De pronto, Pedro vio algo que hizo chispear sus ojos.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Doscientas setenta unidades, señor.

Contestó:

—Vale. Me los quedo.

—Oh, no —protestó Gina—. Es demasiado. Va contra las reglas...

—¡Al diablo las reglas! —exclamó él—. Repito que me los quedo. Gina, póntelos; estarás muy guapa con ellos.

Eran dos pendientes idénticos a los que había visto en las orejas de Utta 7—B552. Roja de placer, Gina se los pendió de los lóbulos de sus orejas, aunque colocándoselos en sentido inverso a Utta dada la especial disposición de su peinado. El dependiente le puso delante un espejo, a fin de que ella pudiera contemplar a su sabor.

—Tienes un gusto maravilloso, querido —alabó Gina.

—Gracias —sonrió él—. En efecto, te favorecen mucho —abonó el precio de la joya—. Y ahora, vamos en busca de un sitio donde descansar.

—El hotel de la Luz está en esta misma acera, señores —informó el dependiente, muy obsequioso.

—Gracias, amigo.

Pedro asió a la muchacha por el brazo y la empujó hacia fuera con suavidad.

Momentos más tarde, entraban en el hotel. Pedro solicitó dos habitaciones contiguas y abonó el importe de una semana de estancia. El empleado de la recepción no les formuló la menor pregunta, ni tampoco les pidió la inscripción en ningún registro. Simplemente, al abonar el precio del hospedaje, se limitó a entregarles las llaves de las habitaciones y a llamar a un botones para que les acompañase hasta ellas.

Momentos después, se separaban. Pedro entró en su habitación, fue al cuarto de baño y se lavó las manos. Se acarició la barba,

viendo que le hacía falta un buen afeitado. Abrió el armarito sanitario y encontró una afeitadora eléctrica, que utilizó sin pérdida de tiempo, mientras su cerebro trabajaba a toda presión. Al terminar, se dio un poco de masaje.

Salió al pasillo y se acercó a la puerta de la habitación de Gina. Levantó la mano para llamar, pero se lo pensó mejor y asió el pomo.

Entró en silencio. La habitación se hallaba desierta. Gina debía de estar en el cuarto de baño. Buscó un cómodo sillón y se sentó a esperar.

Gina salió media hora más tarde. Tenía los cabellos sueltos sobre los hombros y había sustituido la blusa y los pantalones por una bata que le caía hasta los pies. En verdad que era una mujer de un atractivo inigualable.

Sonrió al verle, y avanzó hacia él.

—Hola, Pedro —dijo, con acento dulce.

Pedro se puso en pie. Cuando ella quiso echarle los brazos al cuello, agarró sus muñecas y las oprimió con fuerza.

—¿Crees que soy tonto, pequeña estúpida? —le dijo—. Dime quién te ha enviado a espiarme.

—Gran Galaxia —exclamó Gina, aturdida y hasta un poco asustada—. Realmente no sé de qué me hablas, Pedro.

—No digas tonterías, Gina. Ya no me chupo el dedo desde hace treinta años. ¿Te envió la juez Utta 7—B552?

—No entiendo en absoluto, Pedro. Suéltame, por favor; me haces daño. Te aprecio, eres un buen chico...

—Vamos, vamos —gruñó él—. ¿Piensas que me he caído hoy del tiesto?

—Te expresas de una forma ininteligible, Pedro. De verdad que no sé qué quieres decir —insistió ella, pálida y alterada.

—Está bien. ¿Quieres probarme que no te ha enviado nadie para espiarme?

—Claro que sí. Te vi, me gustaste y me agradó la idea de hacer un viaje en tu compañía, eso es todo. Nadie me ha dicho que...

—Basta de cuentos, muñeca —miró a su alrededor y vio sobre una mesita un aparato semejante a un fonovisor—. Si de verdad no me mientes, harás lo que te ordene.

—Desde luego, Pedro.

—Ahí tienes ese cacharro. Llama a recepción y di que te envíen una «Historia de Novater».

—¿Era eso sólo lo que querías? —preguntó la muchacha, sonriendo—. No hay ninguna dificultad en conseguir ese libro, Pedro. Ahora verás... es decir, si me sueltas las muñecas.

Pedro bajó la vista. Sus dedos estaban todavía engarfiados en las muñecas de la joven.

—Dispensa —gruñó, de mala gana.

Gina sonrió, como excusándolo. Fue hacia el fonovisor y presionó un interruptor. La pantalla se iluminó de inmediato.

—Cuatro doscientos dos —dijo—. Deseo que me envíen en seguida una «Historia de Novater»...

Sonó una explosión apagada. Una ligera nubecilla de humo brotó del aparato.

Gina exhaló un apagado gemido, a la vez que sufría un terrible estremecimiento. Lentamente, giró un poco, mirando a Pedro con ojos desorbitados.

El joven sintió que un frío helado le recorría la espalda. Una mancha de sangre, que se extendía rápidamente, había aparecido en el pecho de la joven.

Pedro dio un salto hacia delante. Pero ya no llegó a tiempo.

Gina se derrumbó como una masa inerte. Antes de que tocara el suelo, Pedro ya sabía que estaba muerta.

## CAPÍTULO VII

Se arrodilló al lado de la muchacha, pero se incorporó en el acto, sin rozarla siquiera. Por un instante, se sintió acometido de un pánico loco, de un ansia irrefrenable de huir, de escapar de aquel lugar a la carrera, sin pérdida de tiempo. Ignoraba cómo se había producido el mortal accidente, pero no tenía la menor duda de que había sido un lazo tendido por la juez Utta 7—B552.

Inspiró profundamente. ¿Era que todas las mujeres que se relacionaban con él habían de morir de forma violenta? Y, ¿qué sucedía con la «Historia de Novater»?

En la Biblioteca Pública se la habían negado, pese a la argucia técnica que habían empleado. Ahora, Gina pedía el libro y moría violenta y rápidamente.

¿Por qué?

De momento, se dijo, no podía ir pidiendo explicaciones. Alguien había conectado un arma mortífera al fonovisor, la cual había entrado en funcionamiento al pronunciar Gina la frase fatídica. Se estremeció al pensar que él podía haber sido muerto, de haber solicitado dicho libro en persona.

Miró en tomo suyo. No había ni que soñar en ocultar el cadáver. Estaba en una ciudad que le era desconocida, donde no había automóviles ni aparatos voladores de ninguna clase, con un depósito para equipajes en el cual poder esconder el cuerpo de Gina para enterrarlo más tarde en algún solitario paraje. Tampoco se atrevía a acercarse al visófono, temeroso de recibir otra descarga fatal.

De pronto vio algo que brillaba sobré la cama. Se acercó y recogió los pendientes asimétricos. No era ningún experto, pero se dio cuenta de que lo que en un principio le había parecido cristal de roca, era diamante purísimo. Realmente, eran unas joyas soberbias; la flor que representaba cada una de ellas estaba tallada de una sola gema, con tina transparencia y una pureza singulares en cada uno de sus pétalos.

Guardó las joyas en un bolsillo. Cuando la policía descubriese el cuerpo de Gina, no encontraría nada que pudiera relacionarla con él. No hallando las joyas, el joyero no podría identificarlas ni mencionarle en absoluto.

Salió de su cuarto y tomó el ascensor hasta el vestíbulo. Anochecía ya y los rótulos luminosos de los anuncios estallaban de una manera ininterrumpida, aumentando así la brillante iluminación de las calles. Sin decir adiós siquiera, tomó el camino de la agencia de viajes, a la que llegó media hora más tarde.

—Un billete para Novater III —pidió.

Aunque recordaba el mal rato que había pasado en el viaje de ida, era preferible otros diez minutos malos a cualquier encuentro con la policía de la ciudad.

El empleado le entregó el billete, añadiendo:

—Siéntese en aquel sillón, por favor.

—No me entiende, hermano. Quiero el billete para ahora mismo —gruñó.

—Lo siento, señor —sonrió el sujeto—. Deberá esperar a que haya otra persona que viaje hacia Novater III.

—Puedo pagar dos pasajes, aunque sólo utilice uno...

—Lo siento —repitió el empleado con firme cortesía—. No es cuestión de dinero, sino de los reglamentos, que son imposibles de alterar, Por favor...

Tascando el freno, Pedro obedeció. Hurgó en sus bolsillos en busca de tabaco, pero se acordó de que los escasos cigarrillos que poseía le habían sido confiscados en el momento de su primera detención. Tomó asiento en el lugar indicado y dejó vagar la mente.

Se sentía como un animal acorralado. A su alrededor percibía una invisible red de espionaje que le vigilaba sin descanso, escrutando sus menores pasos. Había huido, abandonando el cuerpo de Gina, pero no tenía la menor duda de que, cerca de él, había un agente de Utta. Uno de los numerosos viajeros que iban y venían por el espacioso vestíbulo de la agencia, era un vigilante. O diez, ¿quién podía decir lo contrario?

Su mente era un torbellino en el que se agitaban mil pensamientos distintos y apenas ninguno congruente. Sin embargo, había uno que dominaba sobre todos los demás.

¿Por qué tanto empeño en considerarle un espía de la Tierra?

¿A qué se debía aquella fobia?

¿Qué daño podía causarles él, un hombre solo, a millones y millones de seres que no habían oído jamás su nombre y, muy posible, tampoco el de su planeta natal?

Nunca había oído citar a Novater en las cartas estelares. Ciertamente, había muchos planetas que no conocía, pero sabía que en la Tierra no tenían la menor idea de la existencia de Novater ni de sus habitantes.

Entonces, ¿por qué los novateranos les temían tanto?

Porque su actitud para con él sólo podía deberse a una cosa: temor.

Miedo.

¿De qué?

¿De una invasión terrestre?

Rió en silencio, con amargura. Eso sólo sucedía en las novelas. Hacía tiempo que las ideas expansionistas habían dejado de figurar en el temario político de cualquier gobernante. Ni la Tierra ni ninguno de los mundos con los cuales se mantenían relaciones, sentían la menor ambición territorial. Todo lo más, si se descubría algún planeta deshabitado, pero susceptible de ser colonizado, se abría a la inmigración, pero en cuanto se reunían un número suficiente de personas, el planeta se declaraba independiente y soberano. No, por ese lado, los novateranos podían estar tranquilos.

Alguien interrumpió de pronto sus poco tranquilizadoras reflexiones.

—¿Señor?

Levantó la cabeza. Era el empleado que le había vendido el billete.

—Hay un pasajero para Novater III. Se trata de la señora Priscila 1—Z200. Ha perdido en fecha reciente a su esposo y...

—No me interesa —gruñó él—. Lo que me importa es regresar de nuevo a mi punto de procedencia. Vamos.

El empleado contestó:

—Sí, señor.

El empleado le precedió hasta la puerta del ascensor, en el cual se hallaba ya la pasajera mencionada. Era una mujer muy bella, de largos cabellos oscuros, en cuyo rostro se advertían las huellas de un intenso sufrimiento espiritual. Cubría su cuerpo con unas largas vestimentas color violeta y encima de sus hombros llevaba un manto negro, con orla de oro, sujeto a la garganta por medio de un broche que le pareció de diamantes.

Saludó a la mujer con cortesía. Ella hizo una leve inclinación de

cabeza, pero no dijo nada. Por otra parte, Pedro había aprendido ya a recelar de toda mujer joven y hermosa aunque, como en el caso de aquella viuda, estuviese afectada por la cercana pérdida de su esposo. Cuanto más lejos de las novateranas, mejor.

Llegaron a la habitación que ya conocía. Dejó que la viuda pasara delante de él y luego se sentó en su sillón. En el acto, surgió del suelo la columna con el teclado. Se puso a escribir rápidamente y, al terminar, pulsó el botón rojo.

Las tinieblas le envolvieron en seguida. De nuevo sintió aquellas náuseas peculiares y la sensación de ser desintegrado célula por célula. Conteniendo el aliento, aunque no sabía si estaba entero o dividido en un trillón de minúsculos trocitos, esperó el resultado de su experimento.

Porque no había escrito en el teclado el nombre de Novater III, sino otra cosa muy distinta.

Algo crujió de repente. Sintió un fuerte golpe en la espalda y rodó por el suelo.

La oscuridad proseguía, cosa que no le extrañó. Pero, ahora, las estrellas centelleaban en lo alto del espacio.

A poca distancia, divisó una masa oscura tendida de costado en el suelo. Respiró satisfecho.

Era su astronave.

Había vuelto al lugar del aterrizaje. Esto le infundió una gran confianza en sí mismo. Aun hallándose solo en pleno desierto, se sentía mucho mejor que perdido entre la inmensa masa urbana de cualquiera de aquellas dos ciudades. De todas formas, había conseguido lo principal: regresar junto a su nave. Y en ella guardaba algo que muy bien podía calificarse, con frase típicamente terrestre, como un as en la manga.

Dio dos pasos. De pronto, se detuvo en seco, como herido por un rayo.

—¡Gran Galaxia! ¿Qué es esto? ¿Adonde hemos ido a parar?

Se hubiera roto la cara a bofetadas. ¿Cómo podía pensar que los novateranos le abandonasen un solo momento?

Giró despacio. La mujer se incorporaba en aquellos momentos, mirándole con expresión atónita.

—Señora —dijo sin rodeos—, no sé por qué está aquí ni qué es lo que pretende, pero, en todo caso, nunca debió haber viajado

conmigo...

—¡Pero yo me dirigía a Novater III! —gimió ella, angustiada.

—Me importa un pito —contestó Pedro brutalmente—. Además, si pensaba viajar a Novater III, ¿cómo es que se encuentra aquí? Usted marcó el punto de destino en su correspondiente tabuladora, ¿no es cierto?

—Usted no me dio tiempo —se quejó ella—. Es preciso hacer funcionar las dos máquinas a un mismo tiempo y para idéntico destino; de lo contrario, la primera que actúa influye sobre la segunda...

—¡Pues sí que estamos apañados! —gruñó él—. ¿Le esperan en Novater III?

—Un hermano, señor.

—Tendrá que resignarse a no verlo en una temporada.

—¿Por qué?

—Mire, señora Priscila y los demás números, ahora no tengo tiempo de explicaciones. Si quiere venir conmigo, puede hacerlo, a condición de no cometer ninguna imprudencia. Y si no, quédese aquí; ya vendrán a recogerla.

—¿En este lugar? Parece desierto —observó ella.

—Es un desierto —contestó Pedro con retintín—. Pero yo no pienso estar mucho tiempo aquí. Venga conmigo.

Ella le siguió, esquivando como podía las numerosas piedras del suelo, a la vez que se recogía la falda con ambas manos, a fin de evitar tropezones intempestivos. Pedro caminó rectamente, hasta alcanzar la astronave.

La mujer preguntó:

—¿Qué es esto?

—¿Ha oído hablar alguna vez de un planeta llamado Tierra, señora?

—No, nunca. ¿Dónde está?

Pedro soltó una risita sardónica.

—Miente, pero no tiene importancia. Es posible que antes de muy poco tenga ocasión de visitar ese planeta... Ah, aquí está.

Pedro hablaba sin dejar de moverse. Encontró la escotilla de acceso a la nave y se adentró en el interior del casco.

Conocía el aparato a la perfección. Buscó a tientas en las proximidades de la puerta, hasta hallar el interruptor de las luces de

emergencia. Sabía que la central principal se había estropeado en el aterrizaje, pero la nave disponía de un sistema de baterías, que servían para proporcionar la energía suficiente en caso de apuro y permitían utilizar la radio. Las luces de emergencia disiparon las tinieblas en el acto.

Exhaló un suspiro de satisfacción. Aunque sabía que la nave no podía remontar el vuelo, el simple hecho de pisar su suelo le producía una alegría incontenible.

Priscila se asomó a la escotilla, situada casi a dos metros del suelo.

Dijo:

—No puedo subir.

Pedro se echó a reír.

—Como agente de la juez Utta, lo hace usted pésimamente —exclamó—. Pero, venga conmigo; tengo algo que enseñarle.

Ella contestó:

—Sigo sin entenderle, señor...

—Pedro es mi nombre, guapa —contestó él. Meneó la cabeza—. Lo siento por ti; hasta ahora, todas las mujeres a quienes he conocido en Novater, han perdido la cabeza miserablemente por mi causa, y no en sentido figurado.

—Habla usted como si estuviera loco —observó ella—. ¿Esto es un aparato volador?

—Demasiado sabes lo que es, así que no me hagas preguntas tontas. Ven, sígueme.

Se adentró por el pasillo central, asomándose a todas las puertas. No se extrañó al no ver los cadáveres de sus compañeros; sabía que habían sido enterrados a las pocas horas de su captura. Tampoco sintió extrañeza al observar que faltaban muchas cosas, suponiéndose que los novateranos se las habrían llevado para estudiarlas.

Llegó al final del pasillo y presionó un botón. Una escalera de peldaños metálicos surgió al instante del mamparo, liso en apariencia. Otro botón le permitió abrir una escotilla sobre su cabeza.

Levantó la vista. Las estrellas brillaban fríamente en un cielo sin nubes.

Una espantosa maldición se escapó de sus labios en el acto.

## CAPÍTULO VIII

Debía habérselo supuesto; los novateranos, que habían saqueado la nave casi por completo, a fin de investigar sobre los conocimientos técnicos de otro planeta, no iban a dejar allí el cohete salvavidas de la astronave. Por tanto, resultaba lógico que se lo hubiesen llevado, con lo que el medio de escapatoria que Pedro había ideado debía ser desechado sin más.

Cerró la escotilla, sintiendo en su interior una furia devoradora contra todos los novateranos. Bajó las escaleras y, al girar, se dio de manos a boca con la afligida viuda.

—¿Qué diablos haces aquí? —la increpó con grosera brutalidad.

Ella se arrebujó en el manto. Las noches en el desierto eran frías.

—Lo... lo siento —contestó, dirigiéndole una implorante mirada. Era evidente que estaba muy amedrentada—. No... no me atrevo a quedarme sola.

—¿Es que hay fieras en este maldito desierto?

Pedro frunció el ceño.

Ella contestó:

—Sí. Son muy feroces.

—¿Leones? ¿Tigres? ¿Leopardos?

—No he oído jamás esos nombres, pero los animales salvajes que abundan por estos parajes son terribles y...

—Está bien, está bien —dijo con hastío—. Cerraremos la nave. Ven conmigo.

Echó a andar, seguido por la mujer. Abrió una puerta, que daba a lo que había sido salón comedor de la nave. El suelo estaba un tanto inclinado hacia el lado de babor, pero no resultaba demasiado difícil mantener el equilibrio.

—Al menos —dijo con sarcasmo—, han respetado los muebles. Siéntate allí, en aquel diván, y espérame.

—Sí, señor —contestó ella con acento lleno de mansedumbre.

—¡Bah! —exclamó él, con desdén—. No finjas lo que no eres, muñeca. Además, ¡qué diablos!, en el peor de los casos, eres joven y muy bonita y podrás consolarte en seguida. ¿O es que los hombres de este planeta no tienen ojos en la cara?

—Por favor —dijo ella, muy apesadumbrada.

Pedro hizo una mueca. Cerró la puerta del salón y caminó hasta

la esclusa de acceso. Las baterías de emergencia le permitieron cerrar la escotilla, con lo que el peligro de las fieras quedó pronto eliminado. A continuación se dirigió hacia la cámara de mandos.

Se sentó en el puesto del piloto, contemplando durante unos instantes, con aire sombrío, los restos de los paneles de control. Los novateranos se los habían llevado consigo, a fin de analizarlos y estudiarlos. De haberlos tenido en orden, habría intentado la locura de despegar de allí a cualquier precio, aun corriendo el riesgo de estrellarse mil metros más adelante, pero le resultaba imposible hacer nada sin disponer de los mandos adecuados.

Respiró con fuerza unas cuantas veces. Le gustase o no, era preciso permanecer en aquel planeta. Pero ahora, si bien había eludido el peligro de los esbirros de la juez Utta 7—B552, se había metido de lleno en otro lugar del que no sólo ignoraba cómo salir, sino cuándo podría conseguirlo… si lo conseguía.

De súbito, se acordó de algo. Sonrió, extrañándose de haberse olvidado de aquel detalle tan importante. La nave disponía de un pequeño armario de emergencia, colocado en un lugar discreto, en el menos frecuentado, precisamente porque nunca solía ocurrir nada. Era una especie de reserva de armas y víveres para un caso determinado, que todas las naves estaban obligadas a llevar, pero que raras veces sufría una revisión de los inspectores de astronáutica. Poniéndose en pie sin más dilación, giró sobre sus talones y salió de la cámara de mandos.

Corrió a lo largo del pasillo, hasta llegar al pie de la escalera que conducía a la escotilla de emergencia. El corazón le latió con violencia y no precisamente por el ejercicio. Trepó unos cuantos peldaños, sintiendo la angustia de la incertidumbre. ¿Habrían encontrado los novateranos el depósito de emergencia?

Agarrado con la mano a un peldaño, estiró el brazo derecho y presionó un resorte apenas visible para quien no conociera su existencia. Una puerta cuadrada, de un metro de lado, giró en el acto.

Dejó escapar una ruidosa exclamación de alegría: ¡El depósito estaba intacto!

Lo primero que hizo fue apoderarse de un rifle electrónico, un arma muy liviana, con cargador para cuarenta cartuchos, que podían ser disparados tiro a tiro, o a ráfagas. En este caso, el

cargador se vaciaba en dos segundos. Las balas eran muy pequeñas, pero de alto poder de expansión y su uso estaba limitado a fieras y animales salvajes. Propulsadas eléctricamente por la diminuta batería que el rifle llevaba en la culata, el efecto de retroceso quedaba así anulado por completo, con lo que la puntería resultaba mucho más eficaz.

Se colgó el rifle del hombro derecho y también una cartuchera de lona con media docena de peines de repuesto. Luego tomó varias latas de conserva y cerró la puerta. El ajuste era casi perfecto y no se notaba; por ello, los novateranos habían pasado por alto el armario.

Regresó al comedor, cargado con las provisiones y el rifle. Al abrir la puerta, la viuda le miró con ojos de asombro.

—Comida y un arma, preciosa —dijo él—. Era justo lo que estábamos necesitando.

Dejó las latas sobre una mesa y apoyó el rifle sobre un mamparo próximo. Cada lata tenía adherido un cubierto destruible después de su uso, con lo que no era necesario preocuparse por tener que limpiarlos después de haber comido. Abrió una lata de salmón, otra de carne y una tercera de pera.

—Vamos, ven —dijo—. Acércate y así sabrás cómo es la comida de mi planeta.

—¿Es cierto que usted no ha nacido en Novater? —preguntó ella con cierta timidez.

—No, claro que no. Y me siento muy orgulloso de no ser un novaterano, si quieres que te diga la verdad. Vamos, quítate ese manto; te está estorbando para comer a gusto.

Ella obedeció, dejando la prenda sobre una silla. Quedó vestida sólo con aquella túnica de color violeta, que le llegaba a los pies, y que parecía hecha de un tejido semejante a la seda. Unas tiras del mismo tejido, con finísimos bordes de oro, rodeaban su cuerpo, más arriba del talle, elevando y realzando el busto.

—¿Ése es el luto en Novater? —preguntó él.

—Sí, señor.

—No me llames señor. Mi nombre es Pedro. Y dime de tú; me fastidian los tratamientos, Priscila.

—Como quieras —contestó ella.

Comieron con buen apetito, en medio de todo. Al terminar,

Pedro dijo:

—No sé cuánto tiempo podremos estar aquí. Es evidente que un día u otro habremos de tomar una decisión. ¿Cuál es la ciudad más cercana habitada?

—Novater LXII. Pero está a… —citó una cifra que al joven se le antojó incomprensible.

—¿No podrías traducir eso a una medida de longitud terrestre? —pidió—. Millas, kilómetros, lo que quieras. Y si no, habla en términos de días de viaje a pie.

—A pie nos costaría treinta días al menos, Pedro.

El joven lanzó un tenue silbido.

—Treinta días. Suponiendo que pudiéramos realizar una media de treinta kilómetros diarios, son nada menos que novecientos. Lo siento por ti, Priscila; te he metido en un buen apuro sin saberlo. Pero cuando marqué en mi tabuladora el punto donde se encontraba mi astronave, ignoraba que podría influenciar también la tuya.

Ella no contestó. Permaneció en silencio, con la vista fija en la mesa.

—¿Hace mucho que murió tu esposo? —preguntó él.

—Dos semanas.

—¿Llevabais mucho tiempo casados?

—Tres meses, tan sólo… ¡Por favor! —gimió la joven.

—Está bien —gruñó él, descontento.

«A ver si, después de todo, es una viuda legítima. Entonces, Utta estará dándose a todos los diablos por haber perdido mi pista». Pero entonces se le ocurrió una posibilidad.

—Priscila.

La joven había llorado un poco. Se repuso un poco y contestó:

—Dime, Pedro.

—Mira, sé que soy un bruto, pero no me eches del todo la culpa. Si supieras lo que me han hecho pasar, me comprenderías mucho mejor. De todas formas, te pido perdón.

—Está bien —dijo ella, esforzándose por sonreír—. De nada sirve afligirse sin poner los remedios para suprimir los motivos de dicha aflicción. ¿Puedo hacer algo para ayudarte?

—¡Bravo! —exclamó él—. Eso está mejor, Priscila. Verás, resulta muy lamentable la pérdida que has sufrido, pero es preciso mirar

hacia delante y ver de salir de esta enojosa situación que yo mismo he creado.

—Sí, Pedro.

—Novater LXII está a más de novecientos kilómetros. Es posible que no la alcancemos jamás…, pero también es probable que vengan a buscarnos. Me alegraría por ti, con franqueza.

—¿Cómo sabes que vendrán a buscarnos?

—Me imagino que la tabuladora dejará constancia gráfica de cada viaje marcado en ella. Yo pedí ser trasladado a este punto, así que, cuando mis espías vean que no aparezco por Novater III, empezarán a indagar y darán con el registro de nuestro viaje. ¿Has comprendido?

—Sí.

—Pero yo no quiero que cuando vengan nos encuentren aquí. A ti, sobre todo.

—¿Por qué, Pedro?

—He tenido contacto con dos mujeres de este planeta y las dos han muerto de forma violenta. No me gustaría que tú siguieras el mismo camino.

—Pero si dejamos la nave, pereceremos en el desierto —exclamó ella muy asustada.

—Escucha —dijo Pedro—, no sé qué clase de gentes sois aquí. Pero sí conozco a los terrestres y sé que no hay fiera peor en toda la Galaxia. Cuando yo te digo que saldremos del desierto, es que saldremos. ¿Me has oído bien?

Pero, en su interior, no estaba muy convencido de lo que acababa de decir.

¿Qué medio iban a emplear para recorrer los novecientos kilómetros que les separaban del centro habitado más próximo?

Buscar una solución, que no halló al fin, por más esfuerzos que hizo, le costó permanecer en vela casi todo el resto de la noche.

## CAPÍTULO IX

Cuando llegó el día, Pedro, antes de proceder a su aseo, lanzó una ojeada al paisaje que se extendía ante sus ojos.

Ya lo conocía de la vez anterior, pero entonces lo había contemplado de muy distinta manera. Prácticamente podía decirse que, apenas había tomado tierra, los novateranos le habían hecho prisionero; sin duda, habían estado siguiendo su vuelo por la atmósfera del planeta con sus aviones, los cuales, por cierto, no había vuelto a ver más. Y, si bien había sido capturado casi en el acto, también había sido salvado de perecer en el desierto.

Por eso ahora lo contemplaba bajo un prisma distinto: el de la travesía a pie, con unos pocos víveres y un rifle electrónico. Y una mujer asustada, por añadidura, a su lado.

Era una vasta planicie pedregosa, con arbustos de raras formas, plantas típicas de los lugares áridos y con poca humedad. No comprendía cómo podían vivir allí los animales sin agua, si era preciso dar crédito a la joven en lo referente a la existencia de fieras.

Muy a lo lejos, divisó las crestas nevadas de una cadena montañosa. Después de un atento examen, se dijo que, pese a las dificultades que pudiera entrañar la travesía de las montañas, allí habría agua sin duda. Por lo tanto, caminarían en aquella dirección.

De repente se dio cuenta de que estaba solo. Alarmado, giró sobre sus talones. Respiró con cierto alivio, al ver que el rifle continuaba en su sitio, pero la ausencia de Priscila le preocupó bastante.

Antes de que pudiera hacer nada, Priscila apareció, con los cabellos muy bien arreglados y unos trozos de tela en las manos. Entonces, Pedro se dio cuenta que ella había recortado el traje, dejando el borde de la falda a diez centímetros por encima de las rodillas.

—Si hemos de caminar —dijo—, la falda larga es un estorbo.

—Comprendo —respondió Pedro—. Bueno, antes de emprender la marcha, sería conveniente que tomásemos algún bocado. Luego empaquetaremos unas cuantas latas de comida y de agua… Lo siento —dijo de pronto—. Si lo llego a saber, no hubiese marcado este punto en la tabuladora.

Priscila sonrió.

—Ayer dijiste que es preciso mirar hacia delante. Olvidemos todo, por favor.

—Eres muy generosa —alabó él—. Bueno, vamos a comer.

Al terminar, Pedro se dirigió al armario de reserva y empezó a sacar latas. Mientras trabajaba, pensó en la forma de construirse una mochila con el tapizado de los divanes. La carga a la espalda sería más fácil de transportar.

De repente, creyó oír un ruido en el exterior. Sacó otro rifle y presionó el resorte de apertura de la escotilla superior. Terminó de subir la escalera y salió fuera, sobre el casco de la nave, a ocho o diez metros de altura del suelo.

Pensó que estaba loco o que no se había despertado aún y que continuaba soñando.

—Es imposible, imposible —murmuró.

Lo que estaba viendo era nada menos que una manada de caballos salvajes.

—¿Me ha propinado Priscila alguna droga extraña, sin que yo me haya dado cuenta de ello? —se preguntó.

La voz de la joven sonó de pronto a sus pies.

—¡Pedro! ¿Has visto los caballos?

El joven bajó la cabeza. Priscila le miraba desde el fondo del corredor.

—Sube —dijo.

Ella obedeció, trepando con ágiles movimientos. Al llegar arriba, contempló los cuadrúpedos con evidente satisfacción.

—Esto resuelve nuestro problema de transporte, ¿no crees?

Pedro se pasó una mano por la cara.

—No sé si estoy loco, o sueño o... Bien, ahí tenemos todos los caballos que se nos antoje, pero, ¿te has dado cuenta de la dificultad de montarlos sin estar domados?

—Pedro —contestó ella—, yo poseo en Novater XXXVII una granja dedicada a la cría de caballos. Es un animal de gran lujo en este planeta, se pagan hasta mil y más unidades por uno de ellos. Como es lógico, sólo los compran las personas que pueden vivir fuera de las ciudades; en el interior de ellas existe una prohibición absoluta de tener toda clase de animales.

Pedro la miró con la boca abierta de par en par.

—No me digas... que tú sabes domar caballos —exclamó, aturdido.

—Así es. Y no tardaré en demostrártelo. Ven, sígueme.

La joven descendió rápidamente por la escalera, seguida por Pedro, cuya estupefacción, lejos de desaparecer, aumentaba por instantes. Priscila llegó al comedor y tomó su manto de viuda.

—Ayúdame a desgarrarlo —dijo—. He de hacer un lazo. Pronto, en cualquier momento pueden marcharse los caballos.

La prenda fue hecha tiras, que unidas y trenzadas de forma conveniente, dieron origen a un lazo, de burdo diseño, pero de indudable eficacia. Por más que se esforzaba, Pedro no acababa de comprender cómo podían existir en Novater manadas de caballos en libertad.

De pronto, recordó una cosa. ¿Quién había dicho que él era el primer terrestre que llegaba a Novater en setecientos cincuenta años?

Hasta entonces, apenas si se había percatado de semejante detalle. La vista de los caballos salvajes le hizo reflexionar más a fondo.

«Alguien» había llegado a Novater, procedente de la Tierra, setecientos cincuenta años antes. En los primeros tiempos de la colonización de cada planeta, los animales solían ser, a veces, más útiles que las máquinas. Era más fácil transportar un tractor que un caballo, pero el depósito de combustible del tractor no podía alimentarse con vegetales y, por tanto, su eficacia quedaba muy restringida, dado que la nave que transportaba a los colonizadores estaba impedida de llevar un repuesto excesivo de carburantes. Era mucho más tarde, una vez que los colonos estaban sólidamente asentados y habían creado su propia civilización, cuando empezaban a producir objetos cuya importación resultaba onerosísima, si no imposible.

Por dicha razón, había caballos salvajes. Una pareja, en diez años, podía proporcionar una buena manada, cuya multiplicación se producía luego a un ritmo vertiginoso. No había más que recordar los pocos caballos que se les habían escapado a los españoles en los primeros tiempos de la Conquista del Nuevo Mundo; apenas un siglo después, aquel animal, por entonces desconocido en América, se había reproducido hasta alcanzar cifras de vértigo.

Y lo mismo debía de haber sucedido en Novater. Allí habían llegado terrestres siete siglos y medio antes. Y, aunque cambiada por el paso de los años y por la peculiar idiosincrasia actual de los novateranos, terrestre era su civilización.

Pero ello no explicaba el miedo que tenían. Porque, de lo contrario, no le habrían acusado de espía.

Priscila cortó de un modo brusco sus reflexiones.

—El lazo está listo, Pedro —dijo—. Tráete el rifle para cubrirme, por si surgiera de repente algún animal salvaje.

—De acuerdo —manifestó él.

Comprobó la carga del arma y se colgó del hombro izquierdo la cartuchera, con los peines de repuesto. Luego se dirigió a la esclusa, observando que Priscila se había subido las mangas de la túnica hasta más arriba del codo, sin duda para obtener una mayor facilidad de movimientos.

También notó otra cosa: el miedo y la aprensión que la joven había demostrado la noche anterior, habían desaparecido por completo. Ahora se mostraba resuelta, confiada, segura de sí misma. Apenas se abrió la escotilla, saltó ágilmente al suelo sin vacilación alguna.

Echó a correr en dirección a los caballos salvajes. Secretamente complacido, Pedro observó la facilidad de movimiento y la singular gracia de las acciones de Priscila. De haber llevado un arco y unas flechas, habría parecido una Diana cazadora revivida.

Los cuadrúpedos ramoneaban en unos arbustos cercanos. Pedro pensó que debían haber adquirido unas dotes de resistencia realmente excepcionales, para poder subsistir en un desierto de tal aridez. Pese a todo, no debían alejarse mucho de las fuentes donde abrevaban, lo cual le dijo que en algún lugar próximo tenía que haber agua.

Priscila actuaba ya. Arrojó el lazo y capturó un caballo por el cuello. El animal, sorprendido, permaneció inmóvil un instante.

De pronto, soltó un relincho estruendoso y cargó hacia la muchacha. Alarmado, Pedro levantó su rifle.

Sin embargo, no tuvo ocasión de utilizarlo. Priscila, con una agilidad extraordinaria, se echó a un lado. Un segundo después, saltaba a lomos del animal, sujetándose fuertemente con las piernas a sus flancos. Pedro notó que la mandíbula inferior le colgaba de

repente, aunque no hizo nada por cerrar la boca.

* * *

Cuarenta y ocho horas más tarde, Priscila había domado tres caballos. Pedro no acababa de salir todavía de su asombro.

La acción había hecho olvidar sus penas a la joven. Su rostro había perdido la palidez que ostentaba en el momento de verla Pedro por primera vez y ahora sus mejillas se mostraban sonrosadas y de un color mucho más agradable. La vio cansada, casi al borde del agotamiento, pero muy satisfecha.

—Emprenderemos la marcha mañana, apenas amanezca —manifestó—. Estos caballos han desarrollado unas cualidades excepcionales de resistencia y pueden mantener un paso bastante vivo durante muchas horas. Creo, sin temor a exagerar, que podemos cubrir muy bien una media de sesenta kilómetros diarios.

Pedro se estremeció.

—¡Dios mío! —se quejó por anticipado, pensando en las agujetas que sentiría después del primer día de cabalgata.

—¿Qué te ocurre? —inquirió ella, curiosa.

—La última vez que monté un caballo, tenía siete años y se trataba de un «pony» enano, en un parque zoológico.

Priscila no pudo contener la risa.

—Te acostumbrarás pronto, Pedro.

—Lo malo es que, cuando llegue la hora de acostumbrarme, habremos llegado ya a lugar civilizado.

Pero no quiso decirle qué sucedería cuando hubiesen alcanzado alguna ciudad, porque, cada vez que pensaba en Lena y Gina, sentía un frío terrible.

Se tendieron a dormir, después de haber dejado todo listo y empacado. Pasada la medianoche oyeron ruidos raros en el exterior.

Eran rugidos de fieras.

## CAPÍTULO X

Con el rostro cubierto de sombras, Pedro contempló los destrozados restos de los caballos, que yacían a corta distancia del casco de la nave. A su lado, Priscila lloraba en silencio.

—La culpa ha sido mía —gimió—. Debí haber previsto que las fieras salvajes atacarían a los caballos amarrados e imposibilitados de poder escapar...

Pedro, apiadado, se abstuvo de formular ningún reproche a la afligida joven. Pero lo cierto era que la catástrofe se había consumado y no era posible soñar en tener la buena suerte de que apareciera tan pronto una segunda manada de caballos salvajes.

Rodeó con su brazo los hombros de la abrumada joven.

—Vamos, Priscila —dijo—. Hemos de ser fuertes. Repórtate y deja ya de hacerte reproches que, sobre ser injustos, no conducen a ninguna parte.

—¡Pero es que debí haberme acordado de las fieras!

—Lo mismo podría decir yo —contestó él—. En todo caso, la culpa debe repartirse entre ambos. Volvamos a la nave, Priscila; hemos de comer algo y preparar todo para la marcha inmediata. No podemos soñar siquiera en llevar tanto peso como si tuviésemos los caballos, pero...

Se interrumpió de pronto, con la vista fija en un punto alejado del lugar en que se hallaban.

—¿Qué te ocurre, Pedro? —inquirió ella, aprensiva.

—Ya están aquí —rezongó él—. Me extrañaba que no hubiesen venido antes.

Priscila dirigió la vista hacia el lugar indicado por Pedro. Un aparato volador, muy parecido a un avión terrestre, planeaba para tomar tierra a unos centenares de metros de la astronave.

—Esta vez no me pescarán con las manos vacías —exclamó él, lleno de furia.

Levantó el rifle, movió una palanquita y apretó el gatillo, soltando de un golpe todo el contenido del cargador en dirección al aparato.

La trayectoria de los proyectiles podía ser seguida fácilmente, debido a la brillante estela luminosa que dejaban. Pedro corrigió el tiro, aprovechándose de tal circunstancia, y alcanzó al aparato con

la segunda mitad de la ráfaga.

Los proyectiles rebotaron inofensivamente, saliendo despedidos a gran altura.

—Muy bien —dijo—. Veremos qué pasa cuando hayan echado pie a tierra. Ven, Priscila.

Retrocedió, hasta alcanzar la escotilla de la nave. Ayudó a la joven a trepar hasta la esclusa y luego se izó él, quedando en el umbral, con el rifle dispuesto.

El avión tomó tierra al fin. Una portezuela se abrió y media docena de hombres salieron de su interior.

Pedro disparó una ráfaga de advertencia. Los diminutos proyectiles rozaron las cabezas de los recién llegados, obligándoles a guarecerse en el avión.

Rió satisfecho. Disponía de municiones en abundancia, por lo que no era aquel un problema que le preocupase. Mantendría a raya a los esbirros de Utta y si insistían demasiado... ¡tiraría a matar!

Disparó un tercer peine contra la puerta del avión, obligándoles a cerrarla en el acto.

—¿Por qué les disparas? —preguntó Priscila, asustada—. Vienen a salvarnos...

—Estás equivocada. Sus intenciones son muy distintas a lo que te piensas. A mí me harán prisionero y a ti te matarán.

—Es imposible. No pueden hacerme eso, Pedro.

—¿Por qué? ¿Qué diferencia hay entre tú y las dos pobres muchachas que trataron de ser amistosas y amables conmigo? Una murió fusilada contra un muro; la otra...

Apretó los labios, porque sentía una rabia enorme cada vez que pensaba en Gina y Lena y la miserable forma de morir que habían tenido. De pronto vio que el avión remontaba el vuelo en vertical, ayudado sin duda por unos reactores dispuestos a tal fin.

Frunció el ceño. El aparato no daba señales de alejarse; antes al contrario, evolucionaba para situarse encima de ellos.

Pedro hizo fuego de nuevo, sin obtener el menor resultado. Pese a su buena puntería, los proyectiles rebotaban en el casco metálico de la nave.

De súbito, vio que algo oscuro se desprendía del vientre del aparato.

—¡Adentro, Priscila! —gritó, pulsando el mando de cierre de la

escotilla.

No hubo explosión o, al menos, no fue lo suficiente fuerte para oírla desde el interior de la astronave. Pedro corrió hacia una de las ventanillas y miró hacia fuera.

En el primer momento, no pudo ver nada de particular. Luego advirtió que la atmósfera sufría unas curiosas alteraciones en su transparencia.

Los objetos empezaron a verse deformados, como si los contemplara a través de un líquido en movimiento. Empezó a preguntarse qué era lo que producía aquellos efectos tan raros, pero no pasaron cinco minutos sin que tuviera la respuesta.

La temperatura subió de pronto en el interior de la astronave.

Se sintió invadido por el pánico. ¿Iban a cocerlos a fuego lento dentro de la astronave?

—¡Pedro! —gritó Priscila, angustiada.

Corrió hacia ella. La joven le miraba con temor.

Maldijo entre dientes. Era imposible resistir a un ataque así.

—Hemos de entregarnos —rogó Priscila.

—Pero ¿no comprendes que, si te capturan, te fusilarán? —exclamó él con rabia.

—No pueden hacerlo —respondió ella.

—¿Por qué? ¿Acaso eres distinta a las otras dos que murieron antes que tú?

El ascenso de la temperatura era constante. Ante la expresión de súplica de la joven, Pedro cedió.

—Está bien —dijo de mala gana. Y abrió la escotilla.

Una bocanada de calor insoportable les asaltó de pronto, provocándoles una copiosa transpiración. Pedro arrojó el rifle a lo lejos, indicando con ello que se rendía.

—No sé qué diablos habrán echado, pero esto parece un horno —masculló.

Y saltó al suelo, volviéndose en el acto para ayudar a la joven a hacer lo mismo.

Caminaron en medio de una atmósfera sofocante. El avión se había posado de nuevo en tierra, a unos quinientos metros de distancia. A medida que se alejaban de la nave, la temperatura descendía poco a poco.

Media docena de soldados armados les rodearon de inmediato.

Pedro no intentó protestar siquiera.

—Así que tú eres el espía de la Tierra —dijo un sujeto que parecía ser el jefe de la patrulla.

—Soy de la Tierra, en efecto, lo cual no significa por fuerza que haya de ser un espía —repuso Pedro de mal talante—. De todas formas, cualquier cosa que diga en ese sentido, no va a ser creída; así que mejor creo callar.

El sujeto miró a la joven.

—Y tú eres su cómplice, ¿no es cierto?

Priscila levantó la barbilla.

—No soy cómplice de nadie —contestó con tono lleno de orgullo.

—Muy bien —dijo el esbirro, emitiendo una torva sonrisa—. Cómplice o no, te aseguro que no volverás a hablar más con este miserable. ¡Fusiladla en el acto!

Los soldados se abalanzaron sobre la muchacha, con ánimo de llevársela a unos pasos más allá. Priscila les detuvo con un grito.

—¡Quietos todos! —ordenó en tono perentorio. Miró al jefe de la patrulla con ojos enllamerados—. ¿Se te ha ocurrido siquiera enterarte de mi identidad?

—No me hace falta —gruñó el hombre—. Vamos, fuera con ella…

—Muy bien —contestó Priscila, cruzando los brazos bajo los senos—. Haz que tus hombres me fusilen. Tú no tardarás mucho en seguirme.

—Estás loca. Eres cómplice del espía y, como tal, tengo derecho a…

—Yo también tengo otro derecho que ni tú ni nadie puede conculcar impunemente. ¿Sabes acaso mi apellido? ¿Te imaginas lo que sucedería cuando se supiera que habías dado muerte, sin juicio previo, al cual tengo derecho, por mi categoría, a una 1—Z200?

El jefe de la patrulla palideció.

—Mientes —dijo con voz insegura.

Priscila se sacó un medallón del escote de la túnica y se lo mostró al otro.

—Aquí lo tienes —dijo—. Y ahora, confirma tu orden.

—Está bien —rezongó el hombre—. Pero ello no te librará del juicio.

—Yo sabré responder al tribunal —contestó Priscila sin inmutarse—. Tú, limítate a cumplir tu obligación.

—¿Qué significa 1—Z200? —preguntó Pedro, lleno de curiosidad, pese a la situación en que se hallaba.

Priscila le miró, muy ufana.

—Pertenezco a una de las primeras quinientas familias que...

—¡Basta ya! —cortó el jefe de la patrulla—. Tus patentes de nobleza no impedirán que te fusilen después de ser juzgada. Lo único que siento es no poder hacerlo yo en persona. ¡Arriba, los dos!

Momentos después, el avión se remontaba. Tras unas ligeras evoluciones, se lanzó hacia delante, a toda velocidad, en dirección a Novater III.

## CAPÍTULO XI

Pedro no se inmutó cuando fue conducido de nuevo a la sala de interrogatorios. Permaneció sentado en actitud negligente, con las piernas cruzadas, esperando sin prisas a que le dirigieran la primera pregunta.

—Parece que de nuevo volvemos a vemos —se escuchó la voz conocida de Utta 7—B552.

—Eso, tú puedes decirlo. Yo sólo te oigo —contestó él.

—Quizá me veas más tarde —sugirió Utta.

—No siento el menor interés, a pesar de que no se puede negar que eres guapa. Pero tu belleza inspira asco cada vez que uno piensa en las dos mujeres a quienes habéis ordenado matar sin la menor compasión.

—Era necesario, Pedro.

—¿De veras? Permíteme que me ría. Sí, es muy gracioso, de verdad. Y, supongo, lo mismo me dirás respecto a Priscila.

—Ella ha tenido mejor suerte que Lena y Gina —expresó Utta.

—Vaya, a lo que parece, ser noble en Novater no deja de tener sus ventajas.

—Hasta cierto punto, Pedro.

—No te entiendo.

—Espera un momento.

Los ecos de las voces se extinguieron. Segundos más tarde, aquella ventana que Pedro ya conocía, se abrió por segunda vez.

Ahora no fue un patio lo que contemplaron sus ojos, sino una gran estancia, con una especie de estrado para jueces en uno de sus lados. Varios hombres, vestidos con largos mantos con orla de oro, aparecieron casi en el acto, situándose detrás de la mesa.

Priscila se hizo visible a poco. Vestía de la misma forma que cuando él la conoció en Novater III, salvo que el color de su túnica era ahora encarnado vivo.

Estaba flanqueada por dos soldados. Su expresión era altiva, orgullosa, pero Pedro pudo darse cuenta de que se mostraba de aquella manera por dominar sus temores.

No pudo oír lo que hablaban en la sala, pero sí vio que uno de los jueces dirigía a la joven viuda lo que parecía ser una enérgica requisitoria. Ella contestó en tono airado, pero el juez la hizo callar

casi en el acto.

Luego movió una mano. Los guardias le arrancaron el manto. A continuación, rasgaron su vestido rojo y las ropas interiores, dejando su esbelto cuerpo cubierto tan sólo con las prendas más íntimas. Priscila aspiró el aire, irguiéndose como si tratara de desafiarles a todos con el gesto.

Uno de los soldados le entregó una prenda que ella se colocó rápidamente. Era una especie de saco gris, con tres agujeros para la cabeza y los brazos, que apenas le llegaba a las rodillas. En el pecho y la espalda tenía pintados, con grandes trazos negros, unos extraños signos que el joven, naturalmente, no supo entender.

Aquello hizo perder a Priscila su fortaleza. Sin poder contenerse, ocultó el rostro entre sus manos y rompió a llorar. Indiferentes a su dolor, los jueces se levantaron y abandonaron la sala. Priscila fue empujada brutalmente por los soldados hacia una puerta próxima.

La ventana se cerró. Utta habló de nuevo.

—¿Has visto?

—Sí.

—¿Y...?

—Mi opinión no puede expresarse con palabras.

—Aún ha tenido suerte. Seguirá viviendo.

—Pero la sanción es injusta, porque ella no es mi cómplice para nada. Y tú lo sabes. ¿Por qué no la habéis condenado a muerte?

—Sus derechos de nacimiento lo impedían.

—Ah, ya; pertenece, según creo, a no sé qué especie de quinientas primeras familias.

—Así es.

—¿Qué harán ahora con ella? Por lo que he podido apreciar, Priscila ha perdido su rango... una especie de degradación, ¿no es así?

—Exacto.

—¿Será vendida como esclava?

—Algo por el estilo. Trabajos forzados a perpetuidad.

Pedro calló un momento. «Domínate, domínate», se dijo, esforzándose por lograr un perfecto autocontrol de sus sentimientos.

—Vuestra justicia es una farsa —dijo al cabo.

—¿De veras? Explícate, por favor.

—Primero, habéis matado vilmente a dos muchachas que no

tenían que ver nada conmigo, excepto que se mostraron afectuosas y amables. Puede que otros lo crean, pero a mí no me haréis creer jamás que ellas fueron mis cómplices. Y no olvidemos tampoco a Joe, el «barman», otro desdichado que tuvo la mala suerte de servirme unas copas.

—Sigue, Pedro.

—Segundo, Priscila no ha muerto, en virtud de su nacimiento aristocrático. No voy a discutir ahora si la suerte que va a correr es peor o mejor que la misma muerte, pero si la consideráis culpable, el hecho de su nacimiento no debe alterar en nada las circunstancias del delito de que es acusada.

—¿No hacéis esas excepciones en la Tierra? —preguntó Utta, curiosamente.

—No, al menos en lo que se refiere a la pretendida nobleza de un apellido. Allí, el que comete un crimen, lo paga, si los jueces estiman que es culpable. Su ascendencia no cuenta para nada.

—Curiosa justicia —comentó ella con ironía.

—Depende de los puntos de vista. En la Tierra, hasta el culpable del más horrendo crimen es considerado inocente, mientras no se pruebe lo contrario. Aquí habéis empezado a la inversa.

—Es que sabemos que eres un espía, Pedro.

El joven respiró profundamente.

—No tengo más ganas de discutir este asunto. Por mi parte, lo doy por finiquitado.

—¿Finiquitado?

—Sí, terminado, liquidado, como quieras.

—Tú no eres nadie para dar este asunto por finiquitado, como dices.

Pedro cruzó los brazos sobre el pecho.

—No pienso hablar ya una sola palabra más. Eso es todo lo que tengo que decir.

Utta guardó silencio unos instantes.

—Está bien —dijo al cabo, sin otro comentario.

Un minuto después, Pedro se sentía invadido por un sueño invencible. Sabía que era imposible resistirse a aquella extraña narcosis, provocada, sin duda, por la mezcla de un gas somnífero con el aire que respiraba. Dobló la cabeza sobre el pecho y se dejó llevar por una dulce inconsciencia.

* * *

Despertó muchas horas más tarde sintiéndose descansado en el terreno físico, aunque no en el moral. La escena que había presenciado, con la indignante humillación a que había sido sometida la hermosa Priscila, le hizo sentirse acometido por un violento acceso de furor.

Un poco de agua fría por la cara le calmó en parte. Después de enjugarse, empezó a pasear por la celda.

«Traigo la negra a todas», se dijo. Y se preguntó si volverían a soltarle de nuevo para jugar con él a aquel divertido pero ya muy pesado juego del ratón y el gato.

«No tiene nada de divertido. Tres personas han muerto y una cuarta ha sido condenada a una pena feroz», masculló, indignado. En aquellos momentos, le habría gustado tener a Utta al alcance de sus manos para estrangularla lentamente.

Pasó un buen rato, mientras su cerebro funcionaba a toda presión. ¿Volverían a interrogarle otra vez? Le parecía que trataban de minar su resistencia con aquella serie de interrogatorios y puestas en libertad alternativos. Encontraba muy extraño todo lo que le sucedía. En su opinión, ya era hora de que hubiesen averiguado la verdad. ¿Qué clase de inquisidores eran que no habían podido convencerse, a tales alturas, de que él no era ni había podido ser jamáis un espía?

De repente se le ocurrió una idea. Primero la desechó, considerándola impracticable; luego, a medida que pasaban los minutos, fue estudiándola en sus menores detalles. ¿Por qué no ponerla en práctica?

O, por lo menos, intentarlo.

Continuó sus paseos hasta que sintió fatiga en las piernas. Entonces se acostó en el camastro. Cada vez se sentía más encariñado con el plan que había concebido.

La suerte o la casualidad vinieron de pronto en su ayuda. La puerta se abrió y un sujeto vestido de negro apareció en el umbral.

—Vamos —dijo sin más.

Pedro se puso en pie. Caminó hacia la puerta.

Cuando llegaba junto al guardia, fingió vacilar.

—Mi corazón... —se quejó, tratando de mantener el equilibrio, como si se esforzase en evitar la caída.

El guardia picó. Se inclinó para ayudarle.

Pedro le agarró por ambos brazos y le hizo voltear por encima de su cabeza, lanzándolo al centro de la estancia. Inmediatamente, se puso en pie y giró sobre sus talones.

Aturdido, el guardia trató de levantarse. El puño del joven se estrelló contra su mandíbula con terrorífico impacto.

El guardia se desplomó hacia atrás, desmayado.

Pedro saltó hacia la puerta y miró a ambos lados. El corredor estaba desierto.

Volvió junto al guardián, después de haber cerrado la puerta casi del todo. Actuando con gran rapidez, le despojó de sus ropas y se las puso. Le iban un poco justas, pero consideró que no era mayor inconveniente. Al hurgar en sus bolsillos, encontró una cartera con la documentación y dos billetes de diez unidades cada uno.

—No es un millonario que digamos —gruñó, haciendo una mueca.

Su dinero debía de hallarse en aquellos momentos sobre la mesa de Utta.

Estudio la documentación del guardián, procurando aprendérsela de memoria, para una posible eventualidad. Luego desgarró sus propias ropas y lo ató y amordazó sólidamente, a fin de evitar que diera una alarma prematura.

Salió de la celda y cerró la puerta. Caminó con paso mesurado, aunque no lento. Alcanzó la escalera de caracol y llegó al rellano del piso en que se hallaba el despacho de Utta.

Sin embargo, no quiso entrar. Sus intenciones eran muy distintas.

Buscó la puerta del ascensor. Un minuto más tarde, se hallaba en la calle. El aire de la libertad le pareció más delicioso que nunca.

## CAPÍTULO XII

Novater era muy parecido, en la mayoría de los aspectos, al planeta del que procedía. Con gran sorpresa, vio que era de noche, lo cual le dijo que las variaciones temporales no eran advertidas en el sótano donde le habían encerrado tantas veces. En todo caso, se dijo, ello no podía por menos de favorecer sus designios.

Los anuncios luminosos estallaban por todas partes. Mientras se dejaba llevar por una acera deslizante, pensó en la sensación que se produciría en la Tierra el día en que se descubriese que existía un mundo casi exactamente igual, al menos en el aspecto externo. Sin embargo, le resultaba difícil comprender por qué manifestaban hacia él tal hostilidad. No había motivos para temer a la Tierra... pero, no obstante, la actuación de Utta 7—B552, sin ninguna duda sujeta a unas órdenes estrictas, lo demostraba con claridad.

Un bar le salió de pronto al paso. Saltó de la acera deslizante a otra inmóvil y se metió en el establecimiento, rebosante de público en aquellos momentos. Sintió sobre sí varias miradas de desagrado, pero no hizo el menor caso; al parecer, no era el único que sentía antipatía por el uniforme que vestía.

Llegó al mostrador y sacó un billete de diez unidades.

—Cámbiemelo —pidió en tono seco—. Quiero telefonear.

Procuró portarse como lo habría hecho un guardia, duro y autoritario. El «barman», después de entregarle el cambio, le indicó, con servil obsequiosidad, dónde hallar una cabina visofónica.

—Gracias —contestó en tono despegado.

Entró en la cabina y cerró la puerta. De momento, en lugar de usar el visófono, lo primero que hizo fue abrir la guía.

Tardó unos momentos en hallar la clave que servía para encontrar los domicilios de los abonados. Al fin, encontró lo que buscaba.

7—B552, UTTA. 600, 31, 29, T—l

Reflexionó unos instantes, mientras se aprendía de memoria aquel conglomerado de cifras, sin ilación aparente. Utta vivía en la calle 600, número 31, planta 29, apartamiento T—l.

Bien, las calles tenían unas placas fáciles de leer, en las cuales

constaba su numeración. Con tales datos en su poder, no le resultaría empresa de mayor cuantía dar con el domicilio de la juez.

Y arrancarle por la fuerza todo lo que sabía.

Abrió la puerta de la cabina y salió. No quiso entretenerse en el mostrador: había visto algunas mujeres jóvenes y hermosas, solitarias, esperando sin duda el momento de hallar alguien que les hiciera compañía. Escocido por el recuerdo de anteriores fracasos, pasó de largo, encaminándose hacia la salida con gran rapidez.

Apenas había llegado al umbral de la puerta, tres hombres vestidos como él le salieron al encuentro.

—¿Adonde vas? —le preguntó uno de ellos.

—¿Te importa mucho? —gruñó Pedro de mal talante.

El guardia se sulfuró.

—¿Es que no conoces las reglas? Éstas no son horas para andar fuera del cuartel, vestido de uniforme, a menos que pertenezcas a la ronda.

—Eso no reza conmigo —contestó Pedro con gran desparpajo.

—¡Vaya! —exclamó el jefe de la patrulla con fingido buen humor—. Seguro que eres un ministro disfrazado o algo por el estilo, ¿verdad?

—Desde luego que no, pero estoy desempeñando una misión especial.

El guardia entrecerró los párpados.

—¿Misión especial? —dijo, receloso.

—Si.

—¿Qué clase de misión?

—Imposible decir nada. Alto secreto.

—Escucha, sinvergüenza; si crees que me vas a hacer tragar esa fábula...

Pedro señaló con el pulgar hacia dentro.

—En el bar tienes una cabina visofónica.

—¿Y...?

—Envía a uno de tus hombres. Que hable con el juez Bhar 5—C871. Yo no puedo darte más detalles, mientras él no me lo autorice. ¿Quieres una moneda para hacer la llamada sin gastos por tu parte?

El jefe dudó un momento. Luego se volvió hacia uno de sus acompañantes.

—Entra, Wick.

—Sí, señor.

—Y ahora —siguió el hombre—, tu documentación. Puede que, en efecto, estés haciendo lo que dices por orden del juez, pero quiero comprobar que todo está en regla.

—De acuerdo. En eso llevas toda la razón —admitió Pedro.

Lo que había pretendido al enviar a uno de los guardias al interior del local era, sencillamente, disminuir el número de sus adversarios. Fingió llevarse la mano al bolsillo superior de la camisa, pero antes de completar el gesto, levantó el pie derecho con todas sus fuerzas y golpeó la rodilla del asombrado jefe.

Sonó un feroz aullido. Olvidado de todo, el hombre empezó a dar saltos, a la vez que se agarraba el miembro afectado con ambas manos. Para Pedro fue fácil derribarlo de un sencillo empujón, debido a su precaria estabilidad. El jefe cayó, chillando como un energúmeno.

El otro guardia cargó contra el joven. Pedro lanzó un aullido de alegría.

—¡Ahora vais a ver cómo pelea un hombre de la Tierra!

Se echó a un lado, esquivando la primera arremetida de su adversario y le golpeó en el estómago, usando el brazo derecho a la manera de un garrote, esto es, moviéndolo en sentido horizontal con todas sus fuerzas. El guardia se dobló sobre sí mismo al recibir un impacto en todo lo ancho de la parte delantera de su cuerpo.

Pedro bajó la mano derecha. El filo golpeó la nuca del guardia. Éste se desplomó sin sentido, como una masa inerte.

El jefe trataba de levantarse. Pedro le golpeó con el pie en la mandíbula, sin mucha fuerza, sólo para aturdirle. Libre el paso, echó a correr, doblando la primera esquina que le salió en su camino.

No se preocupó mucho de la extrañeza que causaba su carrera en los transeúntes con quienes se cruzaba. Siguió corriendo, hasta que juzgó que ya había sacado una buena distancia a la patrulla. Entonces refrenó la marcha, aunque no la suspendió.

Meditó mientras caminaba. Por el momento, había esquivado a la primera patrulla, pero no podía esperar tener siempre la misma buena fortuna. La policía de Novater III no podía ser muy distinta de la terrestre. No había visto coches patrulla, pero era evidente que

debían usar algún medio rápido de desplazamiento cuando era necesario.

Por otra parte, era de suponer que los miembros de la patrulla habrían dado la alarma. Aparte de que era lógico suponer que el guardia cuyas ropas llevaba, habría sido hallado ya. Por lo tanto, la policía novaterana lanzaría en su persecución a todos los sabuesos de que disponía. Las prendas que llevaba le comprometían.

Levantó la vista y miró el indicador de numeración de las calles. Estaba en la 249, de modo que hasta la 600 le quedaban aún trescientas cincuenta. Si tenía en cuenta que cada manzana medía cien metros de longitud y que el ancho de todas las calles era de unos cincuenta, la distancia que le separaba en aquellos momentos del domicilio de la juez sumaba sus buenos cincuenta kilómetros.

Se estremeció. La ciudad era inmensa. Claro que en la Tierra había aglomeraciones urbanas muchísimo mayores; de Boston a Washington, las ciudades intermedias habían ido extendiendo sus tentáculos edificados, convirtiéndose prácticamente en una sola urbe. Pero en el aspecto administrativo seguían siendo ciudades distintas.

En cambio, Novater III con seiscientas calles al menos, medía unos noventa kilómetros de largo. Era una proliferación de edificios monstruosa, absurda, descomunal, una colmena humana a escala cósmica. Por fuerza, para trayectos mayores, debía de haber algo más rápido que las aceras deslizantes. ¿Un ferrocarril subterráneo? No se podía viajar en una acera a la velocidad de ocho kilómetros por hora para trasladarse de un extremo a otro de la ciudad.

Pero, de momento, lo que más le urgía era desprenderse de aquellos ropajes comprometedores. Caminó, fijándose en los transeúntes, cada vez más escasos, lo cual le indicó lo avanzado de la hora. Buscaba uno de su talla.

Lo encontró pocos minutos más tarde y le cortó el paso.

—Oiga —dijo en tono severo.

El hombre le miró extrañado.

—¿Qué ocurre, agente?

—Venga conmigo —ordenó el joven.

—¿Adonde?

—No haga preguntas. ¿O prefiere que le lleve por la fuerza? Quiero examinar su documentación, eso es todo.

El sujeto hizo una mueca.

—Es la primera vez en mi vida que me sucede una cosa semejante. ¿Por qué diablos han de pedir ahora la documentación?

—No me lo diga a mí. Son órdenes. Vamos.

El hombre echó a andar al lado del joven, lanzando de cuando en cuando miradas recelosas a todas partes. De pronto, Pedro divisó a su derecha un portal abierto.

No se lo pensó dos veces; agarró al desprevenido transeúnte por un brazo, mientras que con la mano contraria le tapaba la boca, y lo empujó hacia el portal. El hombre trató de resistirse, pero sus movimientos cesaron cuando el puño del joven entró en contacto con su cráneo, justamente detrás de la oreja.

El cambio de indumentaria se efectuó con gran rapidez. Pedro se apoderó también de la documentación del sujeto y se la guardó en el bolsillo. A continuación salió a la calle.

Caminó con rapidez. Alcanzó una acera deslizante y pasó a otra calle.

La iluminación era excelente. Sacó la cartera del despojado y se enteró de su nombre y demás circunstancias personales. También encontró allí billetes por valor de unas trescientas unidades.

—Es un hombre de posición, no hay duda —comentó.

Miró el indicador más próximo y de repente se sintió desalentado. Todavía estaba en la calle 358. La distancia en kilómetros, a casa de Utta, se había reducido apenas en uno y medio.

De súbito divisó una luz muy viva, una especie de pantalla globular, situada en el centro de la calle, en una faja inmóvil. Debajo de la luz, divisó una amplia abertura.

Respiró satisfecho: aquello tenía que ser, a la fuerza, un ferrocarril subterráneo.

Acertó, pero sólo en parte; eran caminos deslizantes de mayor velocidad, pero que también le sirvieron para alcanzar su objetivo. Una hora más tarde, surgía a la superficie al inicio de la calle 600.

Minutos después, se detenía ante la puerta del edificio donde vivía Utta. Sin la menor vacilación, cruzó el umbral.

## CAPÍTULO XIII

Abriose la puerta y apareció Utta, que contempló a Pedro con expresión indescifrable. No obstante, el joven creyó advertir en los labios de ella una levísima sonrisa.

¿Satisfacción por haber adivinado sus reacciones?

—Has tardado demasiado —manifestó Utta, sin mostrar extrañeza por la presencia de Pedro en su casa.

—Lo siento —repuso él con sequedad—. No pude venir antes. Pero, ¿no me invitas a pasar? En mi mundo es lo más corriente.

Utta le miró de nuevo.

—¿Vienes a matarme, a estrangularme con tus propias manos?

Pedro respingó.

—¿Eres telépata?

—Algo por el estilo —respondió la joven, echándose a un lado —. Entra, Pedro. Estás en tu casa.

—Gracias —contestó él sin abandonar su acento desabrido.

Por primera vez desde que se hallaba en Novater, podía contemplar el interior de una estancia que no era su celda carcelaria o el despacho oficial de la joven. El interior del apartamiento estaba amueblado con sobriedad, destacando una abundante tendencia a la línea recta. Los colores eran suaves y entre ellos predominaban el verde claro y el naranja pastel, lo que prestaba un agradable contraste a la vista.

Utta tenía sus cabellos sueltos, flotantes sobre los hombros. Vestía un traje de una sola pieza, sin mangas, de hechura holgada, que no bastaba para ocultar del todo las ricas formas de su cuerpo joven y firme. El tono de aquella singular prenda era violeta claro. Sus orejas estaban adornadas con los pendientes que Pedro conocía tan bien.

—¿Quieres beber algo? —invitó ella.

—Supongo que las reglas imperantes ordenarán pedir una «Kotsi—Kol». Pero sin ninguna adición alcohólica, por favor.

—Como quieras —respondió Utta.

Abandonó el salón y volvió a poco con dos vasos colmados de la bebida.

Pedro tomo un sorbo para refrescar sus fauces. Luego se reclinó en el diván.

—¿Puedes imaginarte a qué he venido?

—A estrangularme con tus propias manos —respondió ella.

Estaba sentada en el mismo diván, de costado, pero en una posición erecta y casi rígida. Pedro creyó ver en sus ojos una chispa de buen humor que no había advertido en ninguna de las ocasiones anteriores.

—¿Cómo lo sabes? —repitió la pregunta—. ¿Eres telépata?

—No. Pero cuando estabas en tu celda, captábamos no sólo tus movimientos, sino también la actividad de tu mente.

Pedro silbó, admirado.

—Una especie de detector del pensamiento, ¿eh?

—Así es —reconoció Utta, sin inmutarse en absoluto.

—Entonces, ¿por qué vuestros interrogatorios? Conociendo mis pensamientos, podíais saber que no soy ningún espía.

—No es seguro que no lo seas, Pedro.

—¡Vaya! —bufó él—. ¿Qué clase de detector es el que empleáis?

—Tu mente puede estar acondicionada para observar todo, sin que por ello admitas, ni siquiera a ti mismo, que eres un agente de la Tierra. Pudieron haberte impartido la orden de espiarnos y luego hacértela olvidar, de modo que actúes sin saber siquiera lo que haces.

—Entiendo —dijo él en tono reflexivo—. Entonces, el acondicionamiento que has mencionado podría referirse a mi subconsciente.

—Cierto.

—Sin embargo, ese argumento tiene una base falsa.

—¿Cuál, Pedro?

—Cuando aterricé en Novater llevábamos varios años en el espacio, claro está que haciendo distintas escalas en otros planetas. En ese tiempo no estuve ni una sola vez en la Tierra. Registrasteis la nave a fondo; allí encontraríais el diario de a bordo. ¿No es así?

—Es cierto, pero no es menos verdad que hay cosas que no pueden consignarse por escrito.

—Por otra parte, tú misma dijiste que era el primer terrestre que llegaba a este planeta en siete siglos y medio.

—Así es.

—Supongo —añadió él, en tono jocoso—, qué no habrás pensado que vine a cumplir una misión interrumpida por los

terrestres que llegaron a Novater hace setecientos cincuenta años.

—Desde luego que no. En todo caso, esa misión te fue confiada hace pocos años.

Pedro hizo un gesto con la mano.

—Utta, tú eres una mujer inteligente —ella movió la cabeza, agradeciendo el elogio—. Ahora estamos solos... a menos que estén escuchando nuestra conversación a través de unos micrófonos ocultos.

—Nadie oye lo que hablamos, Pedro, puedo garantizártelo.

—Bien, entonces, se franca y contéstame: ¿Crees tú misma en esa absurda historia de que yo soy un espía?

El pecho de la joven se agitó perceptiblemente. Un ligero rubor coloreó sus mejillas.

—No se trata de lo que yo crea, Pedro, sino de lo que es.

—Que no es, tú lo sabes bien. ¿O es que actúas así sólo por ser un funcionario del gobierno?

—Yo no...

—Espera —la interrumpió él—. Tu título es de juez, ¿no?

—Sí.

—Pero si obedeces órdenes superiores, no eres un juez en realidad, porque no juzgas, no disciernes entre lo que está bien y está mal y, en consecuencia, no aplicas la ley según tu criterio, sino según el de los otros.

—Nos estamos desviando de la cuestión, Pedro.

—No lo creas —objetó él—. Todo esto se refiere a la acusación de que soy objeto.

—Aún ignoras muchas cosas —manifestó ella.

—¿Cuáles? ¿Por qué no hablas claro de una vez?

Utta se mordió los labios.

—Es imposible... todavía —contestó.

Pedro adelantó de repente el torso.

—Dime, Utta, tú estás encargada de sentenciar mi caso. Tú misma me lo dijiste una vez, de modo que no puedes alegar ahora nada en contrario.

—Eso es cierto.

—¿Ordenaste matar a aquellas tres personas? ¿Condenaste a Priscila 1—Z200 a trabajos forzados a perpetuidad?

De nuevo volvió a sufrir ella un estremecimiento que recorrió

todo su cuerpo.

—He dicho que hay aún muchas cosas que ignoras y que no puedo revelarte, hasta el momento oportuno.

—Que será cuando me envíes al paredón.

—¿Enviar al paredón? —preguntó ella, extrañada.

—Fusilar, para que lo entiendas.

—Es una frase de la Tierra, ¿no?

—Puedo enseñarte muchas más, Utta... pero otro rato. Ahora, contéstame de una vez: ¿crees o no crees que soy el espía?

—Mis impresiones personales no cuentan, Pedro.

—¡No me digas! Entonces, ¿qué informes enviarás a tus superiores? ¿Te limitaras a decir: «El espía no confesó, pero lo es»? ¿Así piensas que debe actuar un juez?

—Pedro, por favor, no insistas.

—Está bien —gruñó él—. Voy a usar el último argumento. Ninguno de vosotros, me refiero a los vivos, ha estado jamás en la Tierra.

—Cierto.

—En los momentos actuales y, por lo menos, desde hace setecientos cincuenta o más años, ningún novaterano ha visitado la Tierra.

Utta repitió:

—Cierto.

—Entonces, ¿cómo sabíais que mi planeta enviaba un agente?

Utta calló. Pedro sonrió con sarcasmo.

—Cualquiera diría que los novateranos ocultáis celosamente algún secreto importantísimo, que no debe ser conocido por nadie que no resida en este planeta.

Los ojos de Utta chispearon. Pedro supo que había acertado.

¿Qué secreto era?

¿Se trataba de un arma terrible, espantosa, capaz de destruir una porción de la Galaxia en un instante?

De todas formas, pensó, había una cosa que le intrigaba sobremanera.

Parecía como si los novateranos hubieran estado esperándole.

No a él precisamente, sino al primer terrestre que llegase a su planeta. Y si esperaban su llegada, ¿por qué temerle?

En vista del prolongado silencio de la joven, se decidió a hablar.

—Está bien. Utta, ¿qué piensas hacer ahora conmigo?

—Eres mi huésped —eludió ella una respuesta concreta—. ¿Te apetece algo de comer?

—Gracias —denegó él—. Aunque en sueños, me alimentabais bastante bien.

Utta sonrió un poco.

—Entonces, te indicaré tu habitación.

Acto seguido, se puso en pie.

Pedro se incorporó también.

—Espera.

Utta giró la cabeza.

—¿Eres soltera?

Ella contestó:

—Sí.

—¿Estás prometida? ,

—No.

Pedro sonrió. Asió de pronto un brazo de la joven y tiró de ella con brusquedad. Antes de que Utta pudiera protestar u objetar su acción, ya había encerrado su talle entre los brazos.

—Eres extraordinariamente bella e igual de estúpida —dijo—. Por eso mismo, quiero enseñarte alguna de las cosas tan buenas que tenemos en la Tierra.

Se inclinó y aplastó sus labios contra los de Utta.

Ella permaneció inmóvil mientras duró el beso. Al separarse, Pedro sonrió.

—¿Te gustó?

—Eso que has hecho no es exclusivo de la Tierra, Pedro.

Todavía seguía encerrada entre los brazos de él.

—Pero no me negarás que el hecho de ser besada por un terrestre tiene su aliciente, ¿verdad?

—La diferencia con el beso de un novaterano es nula.

—¿De veras? Aguarda un momento...

Utta puso, una mano ante sus labios.

—Basta, Pedro —le atajó suavemente—. Mis deberes para con el huésped tienen un límite de tolerancia que no se puede rebasar. ¿Te importaría mucho soltarme?

—Sí, pero, como lo pides de forma tan educada, no tengo otro remedio que acceder.

Se separó de la joven. Entonces, alguien llamó a la puerta.

## CAPÍTULO XIV

Los dos volvieran la vista a la vez hacia la puerta. Casi en el acto, Pedro escrutó el rostro de Utta, dándose cuenta de que la joven estaba alarmada por la intempestiva llamada.

Ella le empujó de repente con ambas manos.

—Escóndete ahí, pronto —dijo en voz baja—. No quiero que te vean aquí.

Pedro soltó un gruñido.

—¿No decías que eres soltera? ¿Acaso hay alguien celoso de ti?

—Vamos, pronto, no te entretengas. Luego hablaremos.

—Por supuesto —rezongó él.

Entró en la habitación que le había indicado la joven, que era un dormitorio, amueblado con la misma sobriedad que el salón. La excelente temperatura que reinaba en la estancia hacía innecesario el uso de ropas de cama. Un colchón de goma espumosa, forrado de una tela clara, y una almohada, eran todo cuanto había sobre el armazón de la cama. Vio un sillón y también las puertas de un armario ropero empotrado en la pared.

La del cuarto de baño estaba en el lado opuesto. Se asomó, más que nada, por ver si había una vía de escape para caso necesario. Regresó al dormitorio.

Sobre una especie de repisa vio un adorno de vidrio, en forma de jarrón, de una forma muy original. De pronto se le ocurrió que resultaría interesante examinar el vestuario de una joven novaterana. Descorrió las puertas del ropero.

Estuvo parado durante unos minutos, absorto por completo ante el increíble descubrimiento que acababa de hacer. Muchas de las cosas que le habían sucedido adquirieron de repente una explicación clara, diáfana, sin matices oscuros de ninguna clase.

Pero todavía faltaba el móvil principal de los hechos. Los motivos que Utta se negaba tan obstinadamente a revelarle.

Bruscamente, sonó un grito en la habitación contigua.

—¡No, no es verdad!

La voz de Utta sonaba con trémolos de angustia. Un hombre la replicó de inmediato, en tono deprecatorio.

—Ha traicionado usted la confianza que se le otorgó al conferirle el cargo de juez. Permitió que el preso se escapara y,

además, trata de ocultarle. Sabemos sin ninguna duda que está aquí…

Pedro no esperó a que el hombre concluyese su frase. Saltó hacia delante y asió con mano firme el jarrón de vidrio.

Abrió la puerta. Los dos hombres vestidos de negro que sujetaban a Utta por los brazos, se volvieron en el acto.

—¡Pedro, sálvame! —gritó ella, con notable desesperación.

—Un momento, hermanos —dijo el joven—. Suelten a la chica. Ella no es espía ni nada que se le parezca.

Uno de los esbirros dejó a Utta y echó mano a una especie de pistola que llevaba en una funda pendiente del cinturón.

—Tú también vendrás detenido con nosotros —gruñó colérico—. Y esta misma noche, antes de que amanezca, se os fusilará a los dos.

El joven dio un salto hacia delante y rompió el jarrón sobre la cabeza del guardia, derribándolo al suelo en el acto.

Su compañero soltó a Utta, tratando de sacar la pistola. Pedro no le permitió completar la acción.

Disparó su puño con todas sus fuerzas. La mandíbula del guardia crujió de forma alarmante.

El sujeto se desplomó fulminado. Pedro pidió:

—Trae tiras de tejido, Utta. Es preciso atar a estos sujetos.

—¿Cuáles son tus intenciones? —preguntó ella.

—Largarnos de aquí cuanto antes, como es lógico —arrodillado en el suelo para apoderarse de una pistola, Pedro sonrió—: Ahora vas a ver las cosas que es capaz de hacer un terrestre. Vamos, date prisa.

Utta entró en su dormitorio y salió con un par de vestidos, que empezó a rasgar en tiras, mientras Pedro cubría con el arma a los dos guardias que seguían desmayados. Se imaginó que bastaría apretar el gatillo para hacer funcionar la pistola, pero quiso saber qué clase de proyectiles disparaba el artefacto.

—No son proyectiles, sino descargas paralizantes de los centros nerviosos de la locomoción —contestó ella—. El cerebro permanece intacto, con pleno conocimiento.

—Vaya unas pistolitas —gruñó él—. ¿Y duran mucho sus efectos?

—Depende de la intensidad de la descarga y de la resistencia física del sujeto.

Utta le entregó unas cuantas tiras, con las cuales procedió a atar al primero de los guardias. Al terminar, hizo lo propio con el otro. Después, se guardó la pistola dentro de la blusa.

—Convendría que te llevases un manto o algo por el estilo —sugirió—. Ese monopieza que llevas no me parece lo más adecuado para andar por la calle, Utta.

—Muy bien —contestó ella. Entró de nuevo en su dormitorio y salió con una larga capa negra, que le llegaba hasta los pies, provista de capucha—. ¿Adonde me llevas, Pedro?

—De momento, a mil leguas de aquí. ¿Te has dado cuenta del peligro que corres?

Ella le miró rectamente.

—Pedro...

—Dime, Utta.

—No —se arrepintió la joven—. Nada. Tienes razón; es preciso salir de aquí cuanto antes.

Al salir, Utta tocó un resorte y la luz se apagó.

* * *

Clareaba ya cuando Pedro divisó la muestra luminosa de un bar, situado al menos a cuarenta kilómetros del domicilio de la joven.

—Entremos a tomar algo —dijo—. Luego seguiremos.

—¿A dónde? —quiso saber ella otra vez.

—Ya lo verás —el tono de Pedro era enigmático, sibilino—. ¿Hay aquí alguna infusión caliente parecida al café terrestre? En tal caso, pide dos tazas, por favor.

Entraron en el local, casi desierto a tales horas, y se sentaron en una mesa del fondo. El camarero acudió y Utta formuló su pedido.

—Lástima que no uséis aquí el tabaco —dijo él—. Un cigarrillo me vendría en estos momentos la mar de bien.

—El uso de esa planta nociva se desterró por completo hace más de trescientos años —contestó ella—. Las nuevas generaciones ignoran siquiera su existencia.

—Ya lo veo —dijo él, zumbón. Y esperó a que el camarero viniese con dos tazas de un líquido caliente, que despedía un aroma muy agradable—. ¡Cielos, es café!

—Desprovisto del alcaloide que le confiere cualidades excitantes

—añadió ella.

—Esto no hay quien lo entienda. Prohibís el tabaco, quitáis la cafeína al café… y dejáis vender el alcohol con entera libertad. De eso guardo yo una buena experiencia. ¿Qué clase de país es éste, Utta?

—Novater, Pedro.

El joven suspiró. Tomó un sorbo de su taza y se inclinó hacia atrás en su asiento, a la vez que miraba a la joven con aire levemente irónico.

—Utta, ahora eres tú la que te encuentras en un grave aprieto.

—Sí, Pedro.

—Pero, a lo que parece, éste es legítimo.

—No te entiendo —dijo la joven.

—Te lo explicaré con más claridad. Puesto que estamos perseguidos, o vamos a serlo, apenas se liberen los guardias de sus ataduras, debemos tratar de escondemos, ¿no es así?

—Desde luego. ¿Dónde?

Pedro hizo una pausa.

—Te han aplicado una dosis de la misma medicina que diste a aquellas pobres mujeres. Ahora sabrás lo que es el miedo y lo sabrás de una manera real y efectiva, no de ficción, pese a que es preciso reconocer que aquellas tres pobres chicas poseían unas excelentes cualidades mímicas. Bueno, hablando con menos oscuridad, diremos que eres tú la actriz que desempeñó tres papeles distintos, además del de juez.

—¿Qué dices, Pedro? ¿Por qué hablas de ese modo? No te entiendo.

—Querida, entre tú y yo no debe existir motivo ya para que nos engañemos el uno al otro. ¿Por qué no nos escondemos en tu granja de cría caballar, en Novater XXXVII?

Hubo un momento de silencio. Utta miraba al joven con hipnótica fijeza, mientras su pecho subía y bajaba con suavidad.

—He visto el interior de tu ropero, por pura casualidad —añadió él—. Hay allí unas cuantas pelucas… el traje de luto de la afligida Priscila, los vestidos de cortesana de Gina y de Lena, máscaras que imitan a la perfección distintos rostros humanos… Querías estudiarme por ti misma, desempeñando todos esos papeles, ¿no es cierto?

Ella no contestó; seguía manteniéndose en un obstinado silencio.

—Ahora comprendo —dijo Pedro—, por qué ninguna de esas tres mujeres me hacía preguntas extrañas. Cualquiera de ellas debiera haber sentido extrañeza por mi forma de actuar, de hablar... mi desconocimiento de la mayor parte de las costumbres y reglas de Novater... También entiendo por qué una suculenta comida me costó una unidad y dos octavos y, en cambio, el «precio» de Gina era de cien unidades. Es una desproporción absurda, aunque entonces no supe verlo. No querías perderme de vista, ¿verdad? Vamos, confiésalo.

—Sí, es cierto —admitió ella al cabo.

—¿Por qué?

—Era mi obligación.

—Para conocerme a fondo.

—Sí.

—Y luego, emitir tu informe.

—Sí.

—Pero has cometido un error y todos aquellos supuestos castigos que se inflingieron a tres chicas que no existían, más el fusilamiento de Joe, el «barman» —¡qué magnífica escena, Dios mío!—, eran sólo una comedia destinada a impresionarme, una ficción encaminada a provocar el relajamiento de mi guardia, una absurda representación que sólo tenía como objeto provocar en mí una baja total de mis defensas psíquicas. En la Tierra lo llamamos «lavado de cerebro», «tercer grado»... de muchas maneras, Utta. Y todo ello, ¿por qué?

—Lamento no poder contestarte —dijo ella.

—Ahora ya no te debes a nadie. Estás perseguida. Has fracasado conmigo. Los compromisos que hayas podido contraer, han quedado rotos.

—Lo siento, Pedro.

El joven levantó la mano y encargó dos nuevas tazas de café. Sorbió el contenido de la segunda cuando se la trajeron y luego se reclinó en el sillón, contemplando a la joven con fijeza.

—Hay caballos en Novater y tú sabes domarlos, lo cual me dice que, en efecto, es muy posible que sea cierto lo de tu granja de cría de tales solípedos. Pero esos caballos no vinieron aquí por arte de magia, sino que alguien los trajo... unos terrestres hace setecientos

cincuenta años.

»Hace setecientos cincuenta años —repitió—, quinientas familias terrestres llegaron a un planeta desconocido, perfectamente habitable y con unas condiciones ambientales muy parecidas a las de la Tierra. Ignoro por qué rompieron todos los lazos con el planeta de procedencia, pero hay algo que no olvidaron jamás: ese algo fueron los conocimientos técnicos y de toda índole que habían adquirido en la Tierra y que les sirvieron para crear una civilización floreciente, que ha adquirido, siete siglos y medio después, un grado de desarrollo elevadísimo.

»Posiblemente, existía una raza de indígenas que habitaba el planeta, aunque es de suponer que en estado muy atrasado, comparado con el de los terrestres. Quizá no en los primeros momentos, pero sí más adelante, cuando crecieron las nuevas generaciones, ya desprovistas de todo escrúpulo de índole racial o de cualquier otro tipo, acabaron mezclándose con las razas autóctonas del planeta. De otra manera, quinientas familias, es decir, unas dos mil y pico personas, no podrían haber dado origen, en setecientos cincuenta años, a varios centenares de millones de personas, que son los actuales habitantes de este mundo. La civilización actual es un reflejo completo de la terrestre... incluso, para acordarse del planeta de donde venían, impusieron a éste un nombre que les hiciera recordar el mundo que habían dejado: Novater, una contracción de «Nova Terrae», «Nueva Tierra». ¿Me equivoco?

Utta inspiró con fuerza. Su pecho se marcó con rotundas curvas.

De pronto se puso en pie.

—Vamos —dijo tan sólo.

—¿A dónde?

—Es hora ya de que lo sepas todo.

—¿Lo dices en serio?

—Ya lo creo. Pero yo no puedo hablar sin permiso.

—Sin permiso, ¿de quién, Utta?

—Te ruego un poco de paciencia. Ven, sígueme.

—De acuerdo.

Pedro depositó un billete sobre la mesa y ayudó a Utta a ponerse el manto.

Luego salieron a la calle. Ya era de día.

Caminó junto a ella, con el ánimo henchido de una singular satisfacción. Presentía que dentro de poco le iba a ser hecha una gran revelación.

## CAPÍTULO XV

De nuevo estaba en aquella habitación oscura que tan bien conocía.

Pero ahora había dos diferencias con las situaciones anteriores: había ido por su voluntad y estaba acompañado. Utta se encontraba sentada a su derecha.

Una o dos veces había querido hablar, pero ella le había impuesto silencio con un seco:

—Espera.

Resignado, obedeció. De todas formas, la espera no se prolongó excesivamente.

Un leve resplandor se encendió frente a ellos. Una voz, de hombre y bastante viejo, a juzgar por sus entonaciones, dijo:

—¿Utta?

—Estoy aquí, señor. El terrestre se halla a mi lado.

Entonces, con gradual rapidez, las tinieblas se disiparon y el hombre que había hablado se hizo visible.

Era un anciano de larga barba blanca, vestido con una flotante túnica que sólo dejaba al descubierto su cabeza y unas manos arrugadas, sarmentosas. Estaba sentado en una especie de silla curul romana, pero con el respaldo algo más alto, con el fin de reclinarse con más comodidad. El hombre era muy viejo, pero sus ojos brillaban con singular vivacidad, agudos, penetrantes, perspicaces.

—¿Cuáles son las conclusiones a que has llegado, Utta?

—Enteramente favorables, señor.

—¿Estás segura? ¿No están dictadas tus palabras por un sentimiento distinto al de la razón?

Pedro observó de reojo a la joven y vio que las mejillas de Utta enrojecían muchísimo. Ello le produjo una secreta complacencia, que se guardó muy bien de manifestar por el momento.

—No, señor.

—Pero tus simpatías se inclinan hacia el terrestre.

Utta inspiró con fuerza.

—Resultaría inútil negarlo, señor.

—Gracias —cuchicheó Pedro, inclinándose un poco hacia ella—. Yo también estoy muertecito por tus cachos, pedazo de gloria. Y si no sabes lo que quiero decirte, luego te lo explicaré con muchísimo

gusto, muñeca.

—Por favor —dijo ella, sofocadísima—. Atiende, te lo ruego.

—Pedro —dijo el anciano de pronto.

—¿Señor? —contestó el joven en tono deferente.

—Sé que has hecho algunas deducciones acertadas. Pero, en cambio, ignoras algunas cosas. Explícaselas, Utta; yo me fatigo bastante si hablo demasiado.

—Sí, señor —la joven se volvió hacia Pedro—. Te pedimos perdón por cuanto daño hayamos podido causarte, pero era necesario. Estábamos estudiándote.

—Ya me imaginaba algo por el estilo —refunfuñó él—. Pero los malos ratos que me disteis, fingiendo aquellas ejecuciones...

—Necesitábamos observarte en todas tus reacciones, ante cualquier situación.

—¿Por qué?

—Queríamos saber, a través de ti, cómo son los terrestres de hoy día, al cabo de siete siglos y medio de no tener contacto alguno con ellos.

—¿Y...?

—Los informes son favorables. Seguís con muchos de los antiguos defectos, pero no es posible negar que sus descendientes, en Novater, también los conservan.

—Sobre todo, en materia publicitaria —sonrió Pedro—, Pero, en cambio, habéis conseguido una cosa buena, que es suprimir la circulación rodada. Este planeta da gusto por eso, Utta. Y ahora, dime, ¿por qué sentíais tantos recelos hacia mí?

—Por dos razones —contestó la joven—. Una de ellas es el estado de ánimo imperante en los componentes de las primeras quinientas familias terrestres que llegaron a este planeta. A finales del siglo XX y durante todo el XXI, la paz entre los terrestres era un hecho. Pero entonces empezaron a descubrir nuevos planetas y esto provocó odios, ambiciones y guerras locales. Aquellos adelantados decidieron buscar un mundo donde desterrar todo sentimiento de ambición y encontraron el que llamaron Novater, estableciendo como regla fija el que jamás volverían a mantener relaciones con el planeta del que procedían.

—Vivir de la forma en que lo hacéis, no es precisamente el mejor medio de desterrar ambiciones —observó él—. Publicidad,

dinero, licor, damas de vida fácil…

—Me refiero a ambiciones a escala planetaria —contestó ella.

—Eso ya es otra cosa. Sigue.

—Entonces, llegaste tú. Los tiempos cambian y el modo de pensar, también, Pedro. Siete siglos y medio son demasiados para que no se hayan olvidado los motivos que trajeron aquí a las quinientas primeras familias. Pero era necesario conocer cómo es hoy la Tierra y sólo podíamos saberlo a través de ti. Seguís con vuestros defectos, que son los nuestros, aunque ya no sentís ambiciones expansivas. No vendríais a Novater como conquistadores, sino como amigos y huéspedes.

—Exacto. Y ¿cual es la otra razón?

Utta miró al anciano.

—Sigue —ordenó éste.

—Sí, señor. Pedro, ¿recuerdas que en cierta ocasión me preguntaste si conocía la astronáutica?

—Por supuesto.

—La conocemos, aunque nuestros desplazamientos por el espacio son rarísimos. Sin embargo, hemos comprendido que es imposible vivir aislados en el siglo XXVII, casi en el XXIX. ¿Recuerdas también el medio que empleamos para trasladarnos a Novater XXXVII?

—Demonios, ya lo creo. Es el medio mejor de transporte que he conocido y…

Se interrumpió de repente, mirando a Utta y al anciano alternativamente, con la boca abierta de par en par.

—¡Dios mío! —murmuró, atónito—. No me digan que «eso» sirve también para viajar por el espacio.

—Así es, Pedro —confirmó Utta, sonriendo.

Pedro se pasó una mano por la frente.

—Esto revolucionará los viajes espaciales —murmuró—. Y, supongo, que su velocidad, en tal caso, será muy superior a la de los dos mil metros por segundo.

—En efecto. En tierra, la velocidad por fuerza se ve limitada por las circunstancias ambientales. En el espacio, esa velocidad es prácticamente ilimitada.

—Lo… lo cual significa que con un cacharro de ésos… podríamos estar hoy mismo en la Tierra.

—Exacto.

Pedro sentía que la cabeza le daba vueltas.

—Un momento, un momento —dijo de pronto—. Encuentro dos obstáculos para que sea factible lo que dices. Hace años,ya se hicieron en la Tierra experimentos semejantes, con éxitos limitados, pero hasta ahora, no se han construido aparatos para uso común y corriente como los tenéis en Novater.

—¿Y...? —dijo Utta.

—Lo primero: ¿cómo puedes hablar de una velocidad ilimitada? Ni las mejores astronaves han conseguido una ventaja semejante...

—Eso es porque no empleáis el pensamiento al mismo tiempo que la máquina de traslación —arguyó Utta.

—El pensamiento —repitió Pedro—. De modo que hay que usar las dos cosas: el cerebro y la máquina.

—Y ambas a la vez, con el resultado de que puedes trasladarte casi al instante a cualquier punto de la Galaxia.

—Pero queda otra desventaja.

—¿Cuál, Pedro?

—Si bien aquí hay una estación emisora que nos lance hacia la Tierra, en la Tierra no hay estación receptora. Antes de emprender el primer viaje bajo esas condiciones, será preciso establecer en la Tierra...

—¡No es necesario, Pedro! —le interrumpió Utta—. Es cierto que, en un principio, nuestros viajes se realizaban de esa manera, pero, al cabo de larguísimos estudios, se ha podido hallar la forma de proyectarse a cualquier punto sin necesidad de receptor. El emisor viaja contigo al mismo tiempo y puedes utilizarlo indefinidamente, al reintegrarte de nuevo en el lugar de destino.

—Entiendo —murmuró Pedro, anonadado por la increíble revelación.

—Y todo cuanto te hicimos fue para saber si los terrestres estabais ya en condiciones de admitir un secreto de tal naturaleza —añadió Utta.

—De modo que me considerabais como el terrestre típico.

Hubo una intensa pausa de silencio. La voz del anciano sonó de pronto:

—Estás libre, Pedro —anunció en tono solemne—. Esta vez, ya no se trata de un ardid, sino de la exposición de la verdad, pura y

simple. Utta seguirá a tu lado, me imagino que por muchos años, y será nuestra enviada en la Tierra. Queremos reencontramos de nuevo, ser de nuevo terrestres, sin abandonar por ello nuestra condición de novateranos.

—Comprendo —musitó Pedro—. ¿Cuándo partimos?

—Eso queda en manos de Utta. Ahora es a ella a quien corresponde resolver los problemas que pudiéramos llamar menos importantes. Supongo, sin embargo, que querrás marchar cuanto antes.

Pedro sonrió, mientras miraba a la joven.

—No tengo una prisa excesiva… pero, como usted ha dicho, está en manos de Utta.

Ella le miró y sonrió.

La luz se apagó de pronto.

Pedro alargó su mano y buscó la de Utta. Respiró libremente.

Muy pronto regresaría a su planeta. Y, cuando viajase, lo haría en la mejor compañía que hubiera podido soñar jamás.

**FIN**